

Adolfo Gilly  
**Las Malvinas,  
una guerra del capital**

---

1. LA CONFLUENCIA DE DOS CRISIS

Si, en los términos en que se han constituido en los últimos dos siglos las naciones modernas, algún país tiene derechos históricos, geográficos y jurídicos a reclamar su soberanía sobre las islas Malvinas, que los británicos llaman Falkland, ese país es Argentina. Gran Bretaña no puede presentar mejores títulos para su ocupación de las islas que para su permanencia en Hong Kong o en Gibraltar. Pero es la completa inutilidad económica, política o militar inmediata, tanto para la nación y el pueblo argentinos como para la nación y el pueblo británicos, de esos peñascos inhóspitos y casi despoblados en el Atlántico Sur, lo que pone nítidamente al descubierto, como en un experimento de laboratorio, la lógica de la guerra por las Malvinas. Esa lógica no responde a la idea de libertad, como lo quieren los propagandistas del imperio británico, ni a la de soberanía, como lo sostienen los de la dictadura militar argentina, ni siquiera a los intereses económicos (el posible petróleo) o las necesidades militares (la hipotética base, que hasta antes de esta guerra no existió), como podría suponerlo un materialismo vulgar o un pragmatismo astuto, que al fin y al cabo son hermanos. Ella obedece a la idea de poder, encarnada concretamente en dos poderes en crisis y necesitados de gloria militar: el de los militares argentinos y el de Margaret Thatcher.

En términos precisos lo dijo, desde el lado de la minoría británica que se opuso a la guerra colonial, el historiador Edward Thompson:

La guerra de las Falkland no es sobre los habitantes de las islas. Es sobre "no perder la cara". Es sobre política interna. Es sobre lo que sucede cuando uno le tuerce la cola a un león [...] es un momento de atavismo imperial, mezclado con las nostalgias de quienes hoy llegan al final de su edad madura.<sup>1</sup>

Como era fácilmente previsible para cualquiera menos inepto e ignorante que los militares que gobiernan en Buenos Aires,<sup>2</sup> Thatcher no iba a dejar pasar esta oportunidad de hacer una guerra,

---

1 Citado por Anthony Barnett, "Iron Britannia", *New Left Review*, Londres, julio-agosto de 1982, n. 134, p. 87.

2 Ronald Reagan habló 50 minutos por teléfono con Leopoldo Gal-tieri, en vísperas del desembarco argentino (Washington dice haber sido informado por el embajador británico desde el 31 de marzo de que un desembarco argentino en las Malvinas podía tener lugar en los días siguientes), tratando de disuadirlo de la aventura. Según el *New York Times*, 3 de abril de 1982, "El señor Reagan dijo al general Galtieri que también estaba preocupado porque conoce bien a la

posiblemente costosa pero seguramente ganada desde un comienzo, para unificar en su apoyo a la opinión pública británica y subordinar a su política imperial a la oposición laborista, jamás reacia a apoyar tales empresas.<sup>3</sup> Esa guerra, por otra parte, encontraba plena justificación moral en el feroz patriotismo de tendero de la primer ministro británica,<sup>4</sup> para quien una aventura bélica victoriosa era un regalo del cielo a fin de promover la imagen del poder que ella quiere encarnar: "Tengo fama de ser la Dama de Hierro. 'Poseo una gran resolución. Esa resolución es compartida por el pueblo británico",<sup>5</sup> dijo ante la televisión de Estados Unidos en los últimos días de la guerra, con esa mussoliniana carencia del sentido del ridículo que, ésta sí, comparte en alto grado con el general Galtieri.

Con esa mentalidad y tales objetivos Thatcher lanzó sus tropas a recuperar las Malvinas (a las cuales ella llama Falkland) , situadas a unas ocho mil millas de la metrópoli, de cuya existencia la mayoría de los británicos no tenía, hasta el 2 de abril, una precisa idea, en cuyas 4 700 millas cuadradas de extensión un cuarto de las granjas y un 46% de la tierra pertenece a propietarios que viven en Gran Bretaña,<sup>6</sup> y pobladas por unos 1 800 habitantes, los kelpers, a los cuales Londres había negado siempre la ciudadanía británica, y unas 700 mil ovejas, que nunca la solicitaron.

Esta kermesse heroica, sangrienta y mucho más costosa de lo esperado en libras esterlinas y en vidas británicas (los soldados argentinos eran inexpertos y sus generales incapaces, pero algunos de sus medios técnicos, la aviación por ejemplo, no eran tan primitivos como la imagen imperial quería concebirlos) terminó con la "gloriosa victoria" del 14 de junio. Desde entonces Thatcher la viene

---

primera ministra Thatcher, la cual es una persona decidida que no cedería si se sabe poseedora de la razón. El señor Reagan dijo enseguida que la señora Thatcher respondería con la fuerza al uso, por la Argentina, de la fuerza" Días antes de la derrota final, Galtieri declaró en Buenos Aires a la periodista italiana Oriana Falckci que nunca había esperado una respuesta tan agresiva por parte de Margaret Thatcher.

3 Sobre la vergonzosa posición imperial de la mayoría de los parlamentarios laboristas, encabezados por Michael Foot, véase Anthony Barnett, "Iron Britannia", cit. documentado ensayo que desmonta minuciosamente las falacias en que se basó la costosa expedición británica para restablecer su dominación sobre las Malvinas, el carácter colonial de la empresa y sus objetivos estrictamente reaccionarios en la política interna.

4 "En términos de clase, Thatcher representa al individuo que se ha hecho por sí mismo, al creyente ideológico en la patria y el capitalismo, para el cual el intercambio y el mercado tienen precedencia sobre la manufactura. Bajo su liderazgo, la militancia pequeñobur-guesa ha desplazado a la antigua élite semiculta y patricia", Anthony Barnett, cit., p. 54.

5 Citado en Anthony Barnett, cit., p. 85.

6 La cifra de propietarios ausentistas la menciona el parlamentario laborista Tam Dalyell, uno de los pocos que se opuso a la expedición británica, en London Review of Books, 20 de mayo-2 de junio de 1982, p. 17. Dalyell concluye su artículo contra la guerra diciendo: "Si se le hacen cargos de cobardía a alguien —y yo preferiría que no se levantaran—, tendría que dirigirse contra aquellos políticos que por una multitud de razones no han querido enfrentar a los habitantes de las Islas Falkland y al público británico con la verdad. La verdad es que, como Julius Goebel, un académico estadounidense, argumentaba en su libro *The Falklands*, publicado en 1927, las Malvinas pertenecen, conforme a la doctrina de *uti possidetis*, a la Argentina". (El nombre completo de la obra citada es Julius Goebel, *The Struggle for the Falkland Islands*, 1927).

explotando para sus fines políticos internos, aunque ello requiera utilizar medios tan negativos para los propios intereses de Gran Bretaña en Argentina y América Latina como su visita personal a las islas en enero de 1983, en el 150 aniversario de su ocupación por los británicos. Este gesto bastaría para probar, si aún hiciera falta, la cortedad de fines y la estrechez de miras de ese retoño tardío de política imperial que es el thatcherismo.<sup>7</sup>

Pero si la guerra de Margaret Thatcher era una empresa colonial en lo externo y reaccionaria en lo interno, la aventura de los militares argentinos al ocupar las Malvinas el 2 de abril era a su vez una medida innecesaria y contraproducente (nunca ha estado Argentina más lejos de recuperar las Malvinas que después de este conflicto), no guiada por la menor idea antimperialista sino por los sueños de potencia austral de la burguesía argentina y las ambiciones de poder duradero de sus militares gobernantes y, por lo tanto, una guerra reaccionaria en cualquiera de sus aspectos y de sus fines.

Como fue visible desde el primer momento para todos (aun para quienes la apoyaron) la aventura buscaba consolidar un poder puesto en crisis no tanto por los desafíos provenientes de un movimiento obrero en las fases iniciales de su recuperación, cuanto por los desgarramientos del frente burgués que hasta 1980 había respaldado a la Junta Militar. Esta crisis interburguesa, enraizada en la crisis económica del país, se manifestaba además en una forma específica de crisis dentro de la propia estructura militar, como lo atestiguaba entre otros hechos la sucesión de tres presidentes militares (Videla-Víola-Galtieri) en el curso del año 1981. Nada mejor que una guerra exterior para reunificar a un ejército dividido por el ejercicio del poder dictatorial, y para movilizar en su apoyo a la opinión pequeñoburguesa, de peso enorme en la estructura social argentina, acallar a la oposición burguesa y atraer temporalmente incluso a algún sector obrero.

Pero nada peor que una guerra perdida, sobre todo si esto ocurre en forma fulminante y vergonzosa, para alzar al país entero contra el poder militar que la emprendió. Éste fue finalmente el resultado logrado por la ineptitud política, la incapacidad militar y la corrupción moral de los militares

---

<sup>7</sup> Para una notable comparación entre churchillismo y thatcherismo, véase Anthony Barnett. cit., caps. iii y iv, pp. 32-63. El 11 de enero de 1983 los kelpers recibieron la visita de Margaret Thatcher a las Malvinas con carteles que decían: "Ella es nuestro Churchill". Thatcher aceptó gustosa el homenaje, sin sospechar la involuntaria ironía de la comparación entre un Churchill de las Islas Británicas y una Thatcher de las Islas Malvinas.

argentinos. Este alzamiento contra su poder no tiene aun dirección, organización ni objetivos definidos, salvo el clamor universal: que se vayan.

Precisamente por esas carencias el odio antimilitar, sentimiento madurado durante años y hoy prácticamente unánime en la sociedad argentina, no puede dar una salida alternativa a las formas morosas, disgregadoras y negativas que toma la crisis del poder militar. Éste continúa y por un tiempo podrá continuar en pie, con todos los riesgos de descomposición y de involución que ello comporta, porque todavía no existe enfrentándolo ninguna fuerza nacional capaz de barrerlo de la escena y sustituirlo.

El interregno político abierto en Argentina a partir de la derrota de las Malvinas constituye el dificultoso terreno y el riesgoso intervalo en el cual se decidirá si la sociedad argentina, y con cuáles de sus fuerzas, podrá liberarse duraderamente de la hipoteca de ese poder militar en descomposición; o si este organismo militar enfermo pero todavía en el control de las palancas del poder y de los intactos mecanismos del terror (aunque por ahora no los use), podrá sobrevivir impune a sus desastres y a sus crímenes y postergar una vez más ahora con efectos más disgregados que nunca, la imprescindible reorganización democrática de la vida nacional argentina.

## 2. LA HUELGA GENERAL

El último mes de 1982, año en que la crisis argentina tocó fondo, marcó el inicio de un viraje en esa crisis. Después del desconcierto de la derrota de las Malvinas, tan inesperada para muchos intoxicados por la propaganda patriótica y mentirosa de la Junta y por el apoyo incondicional dado a la estúpida aventura por la totalidad de las organizaciones políticas burguesas y por la abrumadora mayoría de las de izquierda, se inició en Argentina un proceso combinado de reflexión colectiva no organizada y de forcejeo con el poder militar, ahora repudiado por todos, para abrir espacios de movilización social y recuperar derechos democráticos. Publicaciones periodísticas, asambleas públicas políticas y sindicales, manifestaciones por los desaparecidos, por los presos, por salarios o demandas sociales nacionales o locales, huelgas, reanimación creciente de la vida sindical, fueron marcando ese forcejeo en la segunda mitad del año.<sup>8</sup> Mientras tanto, la cúpula militar trataba de recomponer su crisis, sustituía al derrotado

---

<sup>8</sup> Publicaciones periodísticas de gran circulación comenzaron a atacar cada vez más agresivamente a los militares. Entre ellas se destaca la revista Humor. El 26 de julio, un acto peronista en la Federación Argentina de Box, en el aniversario de la muerte de Eva Perón, reunió a 30 mil personas. El 7 de agosto de 1982 más de un millón de personas, según registra Clarín al día siguiente, desfilaron en el curso de 24 horas en la celebración de San Cayetano, pidiendo "paz, pan y trabajo". Desde julio, pero sobre todo a partir de agosto, comenzaron a multiplicarse las asambleas obreras, reuniones sindicales, paros en>

general Leopoldo Galtieri por el negociador general Raymundo Bignone y buscaba como interlocutor benévolo a la cúpula de la Multipartidaria, agrupamiento de los cinco mayores partidos de la burguesía argentina (peronista, radical, desarrollista, intransigente y democristiano) y a la cúpula de la burocracia sindical agrupada en las dos CGT: la más conciliadora con el poder establecido, la de la calle Azopardo, y la menos cercana al gobierno, la de la calle Brasil.

Esa marea ascendente de reclamos, presiones y movimientos culminó en diciembre con cuatro acontecimientos, entre otros muchos, que registraron el comienzo de la entrada masiva en escena, con sus métodos propios, del movimiento obrero y la pequeña burguesía en vías de radicalización, y dieron su carácter a lo que ha sido llamado el diciembre caliente de Argentina:

1] La insubordinación de un contingente de conscriptos veteranos de las Malvinas, el día 4 de diciembre, para quienes los altos mandos del ejército habían organizado un homenaje con entrega de medallas en un estadio de la ciudad de La Plata. En pleno acto los muchachos arrojaron sus fusiles al suelo, tiraron las medallas y, a coro con el público asistente, empezaron a insultar a los oficiales acusándolos de traidores y cobardes y obligándolos a retirarse perseguidos por el canto de: "se va a acabar, se va a acabar, la dictadura militar".

2] La gran huelga general del día 6 decretada por las dos ramas de la CGT —Azopardo y Brasil— y los sindicatos independientes, que paralizó en más de un 90% fábricas, oficinas (en parte las del mismo

---

diversos establecimientos industriales o en sectores como marítimos, ferroviarios y mecánicos (automóvil), ocupaciones de algunas fábricas medianas para impedir el cierre, manifestaciones de trabajadores de distintos sectores por salarios o por trabajo, que no constituyen un ataque frontal contra el poder militar sino una especie de movimiento social envolvente en el cual la clase obrera va comprobando su fuerza y la reacción del enemigo. El 3 de septiembre el Partido Comunista Argentino reunió entre 15 y 18 mil personas en el Estadio Luna Park, de la Capital Federal. El 22 de septiembre la CGT-Brasil realizó una concentración en Plaza de Mayo, con la consigna central "paz, pan y trabajo", que reunió entre 20 y 30 mil personas, la mayoría muy jóvenes. Pidieron reajustes salariales conforme a la inflación, congelamiento de alquileres de viviendas, desmantelamiento del aparato represivo. En la misma fecha, dicha organización realizó también concentraciones de alrededor de 5 mil personas cada una en ciudades de provincia como Mendoza, Córdoba y Rosario (Clarín, 23 de septiembre de 1982). El 5 de octubre, entidades defensoras de los derechos humanos organizaron en Buenos Aires una Marcha por la Vida, encabezada por las Madres de Plaza de Mayo, pidiendo la aparición de los desaparecidos y la libertad de los presos. Gritaban: "con vida los llevaron, con vida los queremos", "los desaparecidos, dónde están", "a los presos, libertad". Asistieron Adolfo Pérez Esquivel, premio Nobel de la Paz 1980, Vicente Solano Lima, dirigente conservador y ex-vicepresidente del país, los obispos católicos Nevares y Novak, y una multitud de 10 mil personas. El gobierno respondió con una declaración, calificando a las Madres de Plaza de Mayo de "madres de delincuentes y terroristas". El 18 de octubre un acto peronista en el estadio de Atlanta, Capital Federal, reunió más de 30 mil personas. El 24 de noviembre, 5 mil personas manifestaron en Lanús, Buenos Aires, en protesta por tasas municipales, y fueron atacadas por la policía. Manifestaciones similares ocurrieron en las localidades de San Martín, Merlo, Morón, San Miguel y Lomas de Zamora, todas del Gran Buenos Aires. Además, se han generalizado los gritos y cantos contra los militares en los partidos de fútbol, en los teatros, en los conciertos de rock. El 7 de diciembre, un acto donde habló Raúl Alfonsín, dirigente de una de las tendencias del Partido Radical, reunió 25 y 30 mil personas en el estadio Luna Park.

En diciembre la cantante popular Mercedes Sosa hizo una gira donde reunió multitudes de alrededor de 20 mil personas en estadios de Buenos Aires y Córdoba, que coreaban canciones y consignas contra la dictadura y los militares. Éstos son sólo algunos ejemplos de las demostraciones de oposición en que se fue preparando el clima del diciembre caliente.

gobierno), comercios y trans-

portes, y arrastró a todos los sectores de la población, incluidos pequeños comerciantes y transportistas.

La Multipartidaria no apoyó esta huelga.

3] La manifestación por los desaparecidos y los presos, encabezada por las Madres de la Plaza de Mayo, donde durante 24 horas, del 9 al 10 de diciembre, decenas de miles de personas se fueron turnando para mostrar su apoyo a las demandas.

4] La manifestación por los derechos democráticos y las elecciones del 16 de diciembre, a la cual asistieron entre 150 y 200 mil personas, convocada por la Multipartidaria y las centrales sindicales. Ese día los manifestantes, en su gran mayoría provenientes de la pequeña burguesía urbana, volcaron su protesta y su odio contra la dictadura militar en todas las formas posibles, yendo mucho más lejos que las consignas moderadas de los organizadores.

Estas movilizaciones de masas, las primeras de tal magnitud desde que se implantó la dictadura en 1976, tuvieron un denominador común: fuera los militares, derechos democráticos, aparición de los secuestrados-desaparecidos, desmantelamiento de los cuerpos represivos, rendición de cuentas de los responsables de la represión, el desastre económico y la derrota militar de las Malvinas.

En estos acontecimientos hay un hecho central: la huelga general, el arma maestra del proletariado argentino, cuyas tradiciones se remontan a principios de este siglo y en cuyo empleo se han educado desde 1945 sucesivas generaciones de obreros argentinos, volvió a ingresar por la puerta grande en la vida política y social del país, después de casi siete años en que el objetivo central del poder militar era desorganizar al proletariado y borrar las huelgas, y hasta la memoria de las huelgas, de la historia argentina. La clase obrera, reducida en su número por los cierres de fábricas, ferozmente diezmada en sus cuadros intermedios por casi diez años de asesinatos y secuestros (que empezaron entre 1973 y 1974), divididas sus centrales sindicales y sus dirigentes políticos peronistas, se unificó en la huelga y arrastró a la aceptación natural de este método de lucha a toda la población. El 6 de diciembre los argentinos se miraban, asombrados y regocijados de su unanimidad y su fuerza recuperadas, pero sin un proyecto político común que les diera trascendencia.

El éxito masivo de la huelga general del 6 de diciembre sella el fracaso social y político de los militares, los torturadores, los financistas, los asesinos, los terratenientes y los secuestradores, y también de los políticos que durante todos estos años dialogaron, negociaron y convivieron con ellos. Pero esa corte corrompida y derrotada sigue ocupando los centros del poder político y económico y empuñando las armas que los defienden. No hay que olvidarlo.

El antecedente de este movimiento se remonta a julio de 1975, cuando la clase obrera, encabezada por comisiones coordinadoras surgidas fundamentalmente de las fábricas, desbordando primero a la cúpula sindical y arrastrándola después, realizó una huelga general masiva que derrotó el plan económico de austeridad que pretendía imponer el gobierno de Isabel Perón. Esta huelga fue también la señal de alarma que advirtió a los militares que las cosas habían llegado al límite: pusieron entonces en movimiento los mecanismos largamente preparados y aceitados del golpe de Estado de marzo de 1976 y la subsiguiente dictadura terrorista. (Fichas preparadas durante largo tiempo guiaron en las primeras semanas los golpes precisos y feroces de la represión militar contra los activistas sindicales y políticos. Los elaboradores de esas fichas siguen en sus puestos y, con mayor experiencia, se dedican hoy a actualizarlas y a alimentar sus computadoras para futuras represiones: no habrá paz en Argentina mientras ese bunker no sea destruido.)

Pero la huelga general tampoco surgió de un vacío de más de seis años de dictadura. Castigada, diezmada y en repliegue, durante esos años la clase obrera resistió como pudo: hubo movimientos locales, protestas de fábricas, trabajo a desgano, sabotaje elemental. El 27 de abril de 1979 la Comisión de los 25 sindicatos (antecedente de la CGT-Brasil de hoy) llamó a una huelga general que tuvo un éxito parcial pero enormemente significativo como índice de la continuidad y de la tenacidad de la organización capilar de los trabajadores y de sus tradiciones de lucha pese a una dictadura que estaba en la cumbre de su poder terrorista. (En realidad esa cúspide, como lo atestiguan a posteriori diversos indicadores, había sido alcanzada en 1978-1979, y la huelga parcial de abril era el síntoma social que anunciaba el inicio de una lenta y accidentada declinación que entre 1981 y 1982 tomó contornos catastróficos.) El 22 de julio de 1981 la misma dirección sindical de la CGT-Brasil volvió a convocar a otra huelga general, también parcial debido a que los sindicatos mayores, agrupados en lo que hoy es la CGT-Azopardo, no se adhirieron al movimiento. El 30 de marzo de 1982, vísperas de la aventura malvinera, la misma dirección sindical, esta vez bajo la fuerte presión de las centrales regionales del interior del país, llamó a un movimiento de protesta y manifestaciones por salarios y derechos sindicales, que reunió a unas 30 mil personas en Buenos Aires —cifra no vista desde antes de la dictadura— y a muchos miles en varias capitales de provincia las cuales fueron reprimidas por la policía y el ejército con un muerto y muchos heridos. Fue el preludio de clase de la catástrofe subsiguiente de la dictadura.

### 3. REESTRUCTURACIÓN INDUSTRIAL, RECOMPOSICIÓN DE LA CLASE OBRERA

La dictadura militar se propuso, como uno de sus objetivos principales, resolver un problema social hasta entonces insoluble para los sucesivos gobiernos de la burguesía posteriores a la caída de Perón en 1955: destruir hasta la raíz la organización de la clase obrera argentina. Esa organización extraordinariamente sólida y ramificada está arraigada en tradiciones de lucha anarquistas y socialistas que vienen desde fines del siglo XIX y en organismos de empresa —delegados de sección, comisiones internas de fábrica, cuerpos de delegados que en cada empresa funcionan como un parlamento interno, coordinadoras interfábricas, sindicatos nacionales de industria y central obrera nacional única— que han educado a millones de trabajadores en la vida de asambleas, deliberaciones y recluciones colectivas y formado a cientos de miles de cuadros que en sucesivas generaciones han pasado por esos organismos. Esta red social no sólo está compuesta por los organismos existentes en cada momento, que en efecto pueden ser reducidos al mínimo o destruidos por la represión, sino sobre todo por el conocimiento organizativo adquirido y transmitido socialmente por la clase, del mismo modo como se adquieren y se transmiten el conocimiento técnico y la disciplina industrial. De manera que, destruidos una vez, los organismos renacen o se rehacen en la clandestinidad de masas de la fábrica o a la primera ocasión de reaparición pública cuando la represión comienza a ceder, porque la capacidad de crearlos y el conocimiento de cómo hacerlos funcionar está incorporado a la experiencia social del proletariado.<sup>9</sup> No es otro el mecanismo que permitió la huelga de los trabajadores de Amsterdam contra los nazis en 1942 o la huelga general de Genova, bajo la ocupación alemana, durante "la larga noche del 43". Es el mismo contra el cual se estrellará indefectiblemente —es cuestión de tiempo y de una nueva acumulación de fuerzas— el poder militar de Jaruzelski en Polonia.

La clase obrera argentina pudo disponer durante mucho tiempo, y especialmente a partir de la expansión mundial capitalista posterior a la segunda guerra mundial, de una situación casi siempre cercana a la plena ocupación, lo cual favorecía su organización sindical, sus luchas reivindicativas y su peso social. País donde la clase obrera fue formada por millones de inmigrantes europeos de los cuales

---

<sup>9</sup> En "La larga marcha de la clase obrera argentina", ensayo de noviembre de 1976 publicado en Coyoacán, México, octubre-diciembre 1977, n. 1, el autor del presente trabajo decía: "En Argentina el ejército —desorganizada y reducida a la impotencia su ala nacionalista en la cual se apoyaba Perón— está intentando una especie de 'solución final' contra un misterio único y hasta ahora irresoluble para él: la organización de masas del proletariado argentino, los sindicatos y el peronismo. Está llevando a término el plan que otras veces dejó a medias, sobrepasado por la magnitud de la resistencia de las masas y dividido por sus propias contradicciones interiores: romper, destruir, aniquilar en su raíz misma la organización de la clase obrera mediante la represión, el terror, la desocupación, la liquidación de sus conquistas sociales, el aislamiento político". Dicho ensayo aparece ahora en Adolfo Gilly, Por todos los caminos (Escritos sobre América Latina, 1956-1982), vol. 1, ed. Nueva Imagen, México, 1983.



desciende una gran parte de la actual fuerza de trabajo —incluso muchos de los trabajadores del interior del país—, dicha fuerza de trabajo se ha estructurado en una gran masa de asalariados que tienen un peso social desproporcionado, con relación a las tendencias políticas del capital, debido a la casi inexistencia de resabios precapitalistas y de las mediaciones clien-telares que ellos permiten al Estado y al capital para presionar a los asalariados y regular el consenso social. El resultado de ese tipo de peso social, combinado con la inexistencia de grandes partidos obreros de masas, es la especie de crisis permanente del control político de la burguesía y de su Estado sobre esa fuerza en que ha vivido Argentina al menos desde el fin de la segunda guerra mundial. A esa crisis quiso dar su "solución final" la dictadura establecida en 1976.<sup>10</sup>

Este objetivo coincidía, por otra parte, con su otra meta principal: reorganizar la economía argentina en función de los intereses y las perspectivas de un nuevo bloque de poder constituido por la burguesía agroexportadora (continuadora y heredera legítima de la antigua oligarquía terrateniente que fue el eje de la estructuración del Estado liberal-oligárquico en Argentina en la década de 1880), el capital financiero y las multinacionales. El ministro de Economía del gobierno del general Jorge Videla, José Martínez de Hoz, encarnaba en su apellido, sus intereses como capitalista y sus vínculos internacionales, a los tres componentes de ese bloque, al cual se asociaron materialmente los militares en el poder convertidos a su vez en capitalistas y en dirigentes de empresas mediante los negociados, la especulación financiera y el robo incontrolado de los fondos públicos.

Esta reestructuración, a la vez respuesta del capital argentino en su ámbito geográfico y económico a la crisis mundial, implicaba una rebaja drástica de los salarios reales (desvalorización de la fuerza de trabajo); la destrucción de una parte del capital productivo, particularmente de las empresas de la pequeña y mediana industria que producían para el mercado interno ahora encogido por la reducción de

---

<sup>10</sup> Alejandro Dabat y Luis Lorenzano, *Conflicto malrinense y crisis nacional*, Libros de Teoría y Política, México, 1982, pp. 57-58, dan esta caracterización de esa estructura social continuada y reforzada en los años posteriores a la caída de Perón en 1955: "En términos de estructura social, el nuevo patrón de acumulación de capital se expresó en cambios muy importantes en la estructura del proletariado y el conjunto de la población trabajadora. El desarrollo de una nueva industria pesada mucho más avanzada en términos tecnológicos que las industria livianas tradicionales de la fase anterior de la industrialización, generó un nuevo proletariado en los centros de la industria automotriz, petroquímica o siderúrgica (Córdoba, región industrial del Paraná, norte del Gran Buenos Aires), en el cual se combinaba la concentración en enormes establecimientos modernos y el surgimiento de nuevos métodos de trabajo propios del fordismo y de nuevos tipos de obreros (combinación del obrero masa descalificado en las áreas de producción, con una nueva intelectualidad obrera ocupada en tareas de matricería, mantenimiento y montaje). Al mismo tiempo, avanzó considerablemente el proceso de proletarización de la pequeña burguesía tradicional (artesanos y semiartesanos, profesionales liberales, pequeños campesinos) y de la masa de empleados de los servicios, estudiantes e intelectuales, conformando una nueva estructura social en la que se destaca cada vez más el enorme peso de la población asalariada de obreros y empleados y la tendencia a la proletarización de los estudiantes e intelectuales".

la masa salarial (desvalorización del capital); la modernización del aparato financiero para estimular la concentración y centralización del capital y su fusión con el capital internacional; una actualización de la inserción del país en el mercado mundial que combinaba las exportaciones de las grandes explotaciones agrarias capitalistas (y la libre disponibilidad de la renta agraria para sus propietarios) con el desarrollo de modernos sectores de punta de la industria (entre ellos la nuclear), competitivos a nivel internacional, con alta intensidad de capital y bajo contenido de trabajo; todo ello complementado con una liberación de aranceles a los productos de importación y una derivación y encarecimiento del crédito que completaban la tarea de desmantelamiento de la industria crecida en la etapa anterior. Contra lo que parece sostener la fraseología que cubre estos proyectos y la ceguera política de sus adversarios, esto no implica una menor intervención del Estado en la economía sino su intervención diferente, como supremo regulador y racionalizador del proceso de modernización y reestructuración del aparato productivo y del sistema financiero con que el capital intenta dar su respuesta a la crisis.<sup>11</sup> Esto, sumado al terror de Estado, es lo que los militares llamaron el "Proceso de Reorganización Nacional" o el "Proceso" a secas, eufemismo con el cual designan su propia dictadura.

Este tipo de reestructuración modernizadora a través del Estado suponía una clásica y agresiva utilización capitalista de la crisis contra la fuerza de trabajo y contra las fracciones ahora subordinadas del capital. Estos dos objetos de la ofensiva del nuevo poder eran, al mismo tiempo, los sujetos del bloque de clases que, bajo la dirección de la burguesía ligada al mercado interno y del sector militar

---

<sup>11</sup> Véase una muy buena descripción de las bases teóricas y de clase y las perspectivas de este proyecto reestructurador en Alberto Spagnolo y Óscar Cismondi, "Argentina: el proyecto económico y su carácter de clase", Cuadernos Políticos n. 16 México, abril-junio 1978. En dicho trabajo los autores reproducen, entre otras, las siguientes citas de José Martínez de Hoz: "La Argentina cuenta con una rápida capacidad de reacción que le otorga en forma masiva su ciclo agrícola. Por eso utilizamos la agricultura como punta de lanza para la recuperación" (lo. de enero de 1978) "Hemos dicho que la función del Estado es subsidiaria a la del sector privado; el acento hay que ponerlo en la empresa privada como centro y motor de toda la economía moderna. Es importante decir que, dentro de esto, el Estado conserva la orientación general de la economía y los grandes instrumentos o palancas de acciones económicas, como ser la política monetaria, crediticia, fiscal y cambiaria" (6 de diciembre de 1977). Para un balance de los resultados económicos de] "Proceso" de los militares, véase Carlos Abalo, "Argentina 1976-1981: objetivos y resultados de la política económica", Comercio Exterior, México, junio-septiembre de 1981.

Sobre el papel histórico de la enorme renta agraria de la pampa en la constitución del capitalismo argentino así como en el proyecto económico específico de la Junta Militar, véase Carlos Abalo, "Notas sobre el carácter actual del capitalismo argentino", Cuadernos de Marcha, n. 2, México, julio-agosto 1979. "El propósito del reordenamiento económico [de la Junta] —dice Abalo— ha sido afrontar la actual etapa de crisis del capitalismo mundial y su reflejo en la economía argentina y encarar la nueva división internacional del trabajo. La crisis supone el intento de superarla por medio de la modernización capitalista, y ésta sólo puede tener lugar con una mayor integración a la economía mundial que incluya, a la vez, una homogeneización interna del modo de acumulación. En esto reside la fuerza del actual proyecto, su carácter no meramente transitorio. Es un reordenamiento para un largo periodo, aunque luego pueda sufrir algunos ajustes; pero esto es lo que no ha sido comprendido con la suficiente claridad".

Sobre renta agraria e industrialización, véase también Carlos Abalo, "Argentina: fundamentos del reordenamiento económico y premisas para una propuesta industrial", en Argentina: políticas económicas alternativas, CIDE, Estudios de caso n. 1, México, septiembre de 1982, pp. 7-38.

encabezado por Perón, había dado la base social del peronismo en el gobierno y en la oposición.<sup>12</sup> Buena parte del carácter fantasmal —y sin embargo real, porque tampoco ha surgido aún una alternativa a esos partidos— de la Multipartidaria proviene de la aspiración de la mayoría, si no es que de la totalidad, de sus componentes de reconstituir, de una u otra forma, ese bloque y sus políticas.<sup>13</sup>

Los resultados de esta reestructuración tuvieron un reflejo agudo en los indicadores del sector industrial. El PIB industrial por habitante cayó de un 29% del PIB en 1975 a un 22% en 1981, año en que la capacidad industrial ociosa se calculaba en un 50%, aproximadamente, de la capacidad global.<sup>14</sup>

Esta caída se acentúa en los años siguientes: en el segundo semestre de 1982 la producción industrial

---

12 Una descripción del contenido y los resultados de esta ofensiva desde el punto de vista de los sectores burgueses afectados la da un editorial de Clarín, 28 de diciembre de 1982, en estos términos: "En los últimos años los sectores mejor 'pagados', los que recibieron las más fuertes corrientes de ingresos, fueron los improductivos. Mediante la estrategia de apertura comercial y financiera se estimularon el negocio financiero y la especulación, y también el endeudamiento externo y la salida de capitales. Paralelamente se redujo el flujo de ingresos hacia los productores y los asalariados, ocasionando lo que, acertadamente, se denominó el 'achicamiento' de la economía". Días después la Unión Industrial Argentina, asociación representativa de los propietarios de industria, protestaba contra las tasas de interés fijadas en el 15% mensual, pedía medidas que tendieran a "reactivar la producción y la expansión del mercado interno" y decía que esas tasas de interés forman parte de un proceso que traslada ingresos desde "las empresas productoras y los asalariados" hacia el sector financiero y la especulación, lo cual determinará "la fatal imposibilidad de hacer frente a los compromisos externos por la contracción del único recurso para ello: la producción" (Clarín, 31 de diciembre de 1982).

Para un estudio comparativo de lo que Clarín denomina "estrategia de apertura" véase Marc Rímez, "Las experiencias de apertura externa y desprotección industrial", *Economía de América Latina*, revista semestral del Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE), México, marzo de 1979.

13 Voceros actuales del proyecto económico renovado de ese sector industrial, como el ex-presidente Arturo Frondizi, desarrollista, ahora declaran: "Martínez de Hoz no fracasó, como algunos creen, sino que tuvo pleno éxito: consiguió lo que quería". Según el mismo Frondizi, a] mes de asumir su cartera en 1976. Martínez de Hoz "nos reunió a cinco dirigentes y nos explicó el verdadero sentido del plan, que era destruir el aparato productivo". Por supuesto, el aludido desmintió el contenido de dicha reunión con facilidad: dijo que, primero, si ese hubiera sido su plan no lo habría comunicado a esos señores (y, como sabemos, el plan estaba lejos de ser tan burdo como Frondizi lo describe); y, segundo, que si Frondizi sabía de tales planes, por qué no los denunció cuando los conoció en dicha reunión'. Clarín, edición semanal, n. 408, Buenos Aires, 4-10 octubre 1982.

14 Dabat y Lorenzano, op. cit., p. 115. Estos autores señalan, sin embargo, que el PIB en conjunto, aumentó a un ritmo aproximado del % anual como promedio del periodo, lo cual lo explica por el hecho de que el descenso en las ramas industriales de bienes de consumo se combinó con el crecimiento de otros sectores: agricultura, sector energético, obras de infraestructura, e incluso maquinarias y equipo, que entre 1976 y 1980 tuvo un crecimiento del 12%, todos signos del proceso de reestructuración que tenía lugar en la economía argentina. Por ejemplo, tomando la base 100 para 1974, el índice de la agricultura era 104 en 1977, 111 en 1979 y 115 en 1980; el de electricidad, gas y agua, 115, 130 y 136, respectivamente; y el de la construcción, 135, 142 y 141 (Dabat y Lorenzano, op. cit., p. 114).

Esos índices de la agricultura se expresan en el nivel relativamente constante, con algunos picos excepcionales, de la llamada "cosecha fina" (trigo, lino, centeno), base de la exportación. La cosecha de trigo llegó a una cifra récord en la campaña 1982/1983, con un volumen estimado de 13.65 millones de toneladas, superior en un 19% al récord anterior del 76/77 (11 millones de toneladas) y en un 59.45% al promedio de los últimos cinco años (9.14 millones de toneladas). El trigo constituye el 88% de la cosecha fina, que alcanzó en el 82/83 un volumen de 15.38 millones de toneladas, con un rendimiento récord de 1879 kilogramos por hectárea sobre un área sembrada de 7.4 millones de hectáreas. El volumen total de la cosecha fina en esos años evolucionó así (en millones de toneladas): 76/77, 13.3; 77/78, 7.3; 78/79, 10.2; 79/80, 9.9; 80/81, 9.1; 81/82, 9.2; 82/83, 15.4 (Clarín, 30 de diciembre de 1982).

El economista chileno Jaime Osorio, en "La economía chilena, 1973-1982", Cuadernos Políticos, n. 33, México, julio-septiembre de 1982, presenta el siguiente cuadro comparativo de la evolución del PIB en algunos países de América Latina:

(estimada) cayó un 14% con respecto al mismo periodo de 1981; a su vez, en el primer semestre de 1981 ya había caído un 14.7% con relación a igual periodo de 1980, que sólo había superado en 1.5% al primer semestre de 1979.<sup>15</sup>

El consumo de acero en 1980 fue de 4.2 millones de toneladas, de 3.2 millones en 1981 y de 2.7 millones en 1982, nivel que la siderurgia tenía en 1967.<sup>16</sup> La tasa anual de crecimiento de la petroquímica, que entre 1965 y 1976 era del 15.3%, descendió entre ese año y 1981 al 3.6% anual.<sup>17</sup> La industria del automóvil produjo en 1982 132 116 vehículos, un volumen 23.4% inferior al de 1981 y la cifra más baja desde 1963. Se mantuvieron, sin embargo, las ventas de vehículos de alto costo, como el

EVOLUCIÓN DEL PRODUCTO INTERNO BRUTO PARA  
ALGUNOS PAÍSES DE AMÉRICA LATINA  
(Tasas anuales de crecimiento)

País	1976	1977	1978	1979	1980	1981*
Argentina	-1.7	4.9	-3.4	8.5	0.0	-6.0
Brasil	9.0	4.7	6.0	6.4	7.5	2.0
Chile	4.1	8.6	7.8	8.5	5.5	5.0
México	2.1	3.3	7.3	8.0	7.5	8.0
América Latina (19 países)	4.6	4.5	4.6	6.3	5.3	1.2

FUENTE: CEPAL, *Notas sobre la economía y el desarrollo en América Latina*, n. 133, enero de 1981.

\* Según datos preliminares. Cable de AP, 2 de diciembre de 1981.

A continuación de este cuadro, el autor comenta: "Las cifras anteriores no muestran con elocuencia las situaciones disímiles por las que ha atravesado la economía chilena en este periodo. En efecto, entre 1977 y 1979 se vive un periodo de franca recuperación, como resultado de la combinación de la utilización de la capacidad instalada ociosa y de las inversiones que tienden a crecer.

"Es tal la euforia triunfalista en el gobierno que llega a hablar del 'milagro chileno'. Se plantea haber entrado de lleno a una etapa de expansión y se cree que la economía ya cuenta con sólidos pilares capaces de resistir los embates internos e internacionales. Pero no pasaría mucho tiempo para que la realidad mostrara una situación distinta.

"1980 marca el punto de inflexión entre una economía que aún crece sustentada fundamentalmente en sus bases materiales anteriores, aunque reconvertida, y una economía que se renueva pero en un cuadro internacional cada vez más desfavorable, lo que saca a la luz las limitaciones no sólo del pasado sino también las del proyecto capitalista presente. A fines de 1980 el empuje de la economía comienza a declinar y el crecimiento- del 5.5%, a pesar de ser inferior a los años precedentes, no refleja claramente los signos del deterioro que se avecina."

Es interesante constatar que la euforia de los expertos económicos de la dictadura chilena, que aquí registra Jaime Osorio, sigue una curva paralela a la de los expertos de la dictadura argentina, y que el desplome de ambos proyectos empieza alrededor de 1980 y se materializa plenamente entre 1981 y 1982. Los expertos, entonces, comienzan a descargar las culpas sobre los militares, y éstos sobre aquellos o entre sí, abriendo la crisis político-institucional que en Argentina desembocó en la locura de las Malvinas.

15 Clarín, 5 de septiembre de 1982.

16 Clarín, 5 de septiembre de 1982 y 15 de enero de 1983. El 3 de enero de 1983, en un editorial titulado "Signos del retroceso", el mismo diario comentaba: "Fuentes del sector siderúrgico señalaron que en 1982 el consumo de acero en la Argentina disminuyó un 18% con referencia a 1981, cuando a su vez había caído un 22% por debajo de los valores del año precedente. El consumo aparente por habitante, a su vez llegara en el presente año a los 85 kilos, guarismo 26% inferior al estándar logrado en 1981 y que es la cifra más baja desde hace dos décadas [...] En tal retracción no influyó sólo la reducción del mercado interno y la caída de la demanda de automóviles y de inversiones sino también la avalancha de bienes terminados, estimulada por el retraso cambiario de años pasados y las reducciones arancelarias". El mismo periódico publica el 28 de diciembre de 1982 un informe del Centro de Industriales Siderúrgicos según el cual el consumo real de acero descendió de 4.4 millones de toneladas en 1974 y poco más de 4 millones en 1979 —año de auge de la economía de la dictadura— a menos de 2.5 millones en 1982, mientras el consumo por habitante fue de 175 kilogramos en 1974 y de 150 en 1979, y cayó a 85 kilogramos en 1982.

17 Clarín, 5 de septiembre de 1982.

Renault Fuego. En 1974 esa industria empleaba a 57400 trabajadores; en enero de 1981, a 38225; y en enero de 1983, sólo 23 103.<sup>18</sup> A inicios de 1983 se anunciaban nuevos despidos.<sup>19</sup>

El periódico Clarín, desarrollista, haciéndose eco de las opiniones de los sectores industriales así afectados, comentaba esta situación en un editorial en estos términos:<sup>20</sup>

El estancamiento y retroceso de la industria en estos últimos ocho meses no tiene parangón en la historia argentina y supera todos los fenómenos conocidos en el ámbito internacional, con excepción de las destrucciones provocadas en conflictos bélicos, una justificación que no puede utilizarse en Argentina. La industria fue sometida a un juego de pinzas en el que quedó apretada por la acción convergente de un mercado interno deprimido que reducía su demanda de bienes, de una competencia externa afilada por un largo periodo de tipo de cambio subvaluado, de costos financieros insostenibles y de una incertidumbre sobre el futuro que doblegó la moral de los empresarios [...] Aquellos empresarios que lograron ganancias prefirieron, evidentemente, retirarlas de un área en retroceso para volcarlas hacia la tarea más rentable que se ofreció en el país: la especulación. La industria argentina no sufrió una guerra. Fue barrida por el vendaval financiero que azotó las actividades productivas sin contrapartida alguna para el desarrollo nacional.

Después de señalar el desfase tecnológico acumulado en la industria argentina en ese periodo, el editorial concluye:

Los primeros indicios permiten sospechar que algunos establecimientos no abrirán más. No habrá

18 Clarín, 5 de septiembre de 1982 y 15 de enero de 1983.

19 Particularmente en Mercedes Benz y Volkswagen. El 14 de enero Mercedes Benz anunció la suspensión de 700 de sus 1900 trabajadores (Clarín, 15 y 30 de enero de 1983). El 26 de enero los 3200 obreros de las plantas Volkswagen de San Justo y Monte Chingólo, Buenos Aires, abandonaron el trabajo y se concentraron frente al local del sindicato automotor (SMATA), en la Capital Federal, para protestar contra el anunciado despido de 200 trabajadores, amenazando con ocupar las plantas si éste se hacía efectivo. Luego, en número de 1 500, manifestaron frente al Ministerio de Trabajo y en la Plaza de Mayo, frente a la Casa de Gobierno (Clarín, 27 de enero de 1983). Ford, con 4700 trabajadores en su planta de General Pacheco (Buenos Aires) y Renault, con 3500 operarios en su fábrica de Córdoba, no han anunciado en enero medidas similares. Sin embargo, la gran contracción de personal ya se había operado, como hemos visto, entre 1981 y 1982. La "unión nacional" en tomo a las Malvinas no detuvo, por supuesto, la ola de despidos. Qué Pasa, semanario del Partido Comunista Argentino, n. 62, 21 de abril de 1982, dice: "Un informe preparado por el Sindicato de Mecánicos (SMATA) reveló que durante el primer trimestre del año, en el Gran Buenos Aires fueron despedidos 4989 trabajadores de esa actividad, mientras que 11249 sufrían suspensiones de distinta duración y se registraban cinco cierres de establecimientos, entre ellos la planta Sevel, de Berazategui (Buenos Aires), con 540 despedidos. El detalle indica que 3300 cesantías se produjeron en la fábrica Ford, donde además hubo cinco mil suspendidos, mientras la Volkswagen disponía 566 cesantías y la suspensión de casi 2 mil trabajadores". Luego viene la lista de cierres y despidos en concesionarios e industrias subsidiarias de autopartes. El periódico cita a continuación un documento de la tendencia sindical Lista Verde, encabezada por José Rodríguez (peronista, posiblemente mayoritaria dentro del lírendo), que luego de afirmar su "orgullo" por la recuperación de las Malvinas, dice: "Se mezclan hoy el orgullo de argentinos y el desempleo; la solidaridad nacional y los despidos masivos; la unidad de todos juntos a nuestras fuerzas armadas frente al enemigo imperialista; júbilo como patriotas, desesperanza como obreros. Así como las islas del sur fueron, son y serán por siempre nuestras, también lo son las fábricas, los puestos de trabajo, los gremios, las obras sociales y todo y cada uno de los derechos que este Proceso nos ha quitado a los trabajadores argentinos".

20 Clarín, suplemento económico, 5 de septiembre de 1982.

cambio de política que pueda poner nuevamente en marcha a empresas ya desmanteladas donde los costos de recuperación pueden ser mayores que los de construir una nueva planta. El tejido industrial finalmente fue amputado y algunos hechos son irreversibles. La década del ochenta replanteará la necesidad de recuperar un proceso de desarrollo estrangulado en los últimos años.

Una valoración opuesta, pero perfectamente coherente con la anterior, de la política económica de la Junta Militar y de sus teóricos y colaboradores civiles como José Alfredo Martínez de Hoz, la da uno de estos últimos, Juan E. Alemann, ministro de Hacienda entre 1976 y 1981. En la polémica estallada después de las Malvinas en torno a esa política entre los mismos que antes participaron o colaboraron con el gobierno militar, Alemann critica a los militares por no haber mantenido su línea ni defendido a sus colaboradores y da este balance del curso económico de esos años:

He sido parte de un gobierno militar durante cinco años y soy leal con los miembros de las Fuerzas Armadas [...]. Pero, en especial, he criticado a las Fuerzas Armadas por no ser fieles al Proceso y a sus ideas-fuerza, ni a los civiles que se jugaron por el mismo desde adentro y desde afuera. [. . .] Sin entrar en disquisiciones teóricas, me permito señalar que en el curso de nuestra gestión, el ingreso medio familiar llegó a su máximo nivel histórico (del orden del doble del actual), con plena ocupación (y dos años de sobreocupación), con alta movilidad social horizontal y ascendente; que la tasa de inversión llegó igualmente a su máximo histórico; que impusimos a los empresarios de todos los sectores condiciones más competitivas, obligándolos a un mayor esfuerzo y a más eficiencia; que impulsamos la federalización de la economía y de las finanzas; que modernizamos y ampliamos fuertemente la infraestructura del país y que iniciamos una profunda transformación de la estructura industrial, con economía de escala e introducción de tecnología moderna, que constituye la base para que el país pueda, una vez superada la presente crisis, dar un gran salto adelante.<sup>21</sup>

Como se verá en lo que sigue, las apreciaciones del ex-ministro Alemann coinciden con algunos de los indicadores de la economía en torno a 1978 y 1979, antes de la catástrofe que se anunció en 1980 y se declaró entre 1981 y 1982, como consecuencia de la combinación entre esa política y la crisis mundial, sobre la economía argentina, también reflejada en los mismos indicadores.

Los resultados de esta estrategia se reflejaron directamente en el nivel de ocupación del proletariado

---

21 Juan Alemann, "¿Por qué me ataca el doctor Cavallo?", Clarín, 19 de enero de 1983, respuesta a un artículo del ex-presidente del Banco Central en 1982, Domingo Cavallo, titulado "¿Por qué me atacan Alsogaray y Alemann?", Clarín, 14 de enero de 1983.

Días antes Domingo Cavallo había criticado las altas tasas de interés fijadas y había dicho que Martínez de Hoz, Alemann y Alsogaray "quieren una economía grande, organizaciones empresarias, bancarias y agropecuarias, con un alto grado de concentración, con la idea de que así la economía sería dirigida por grandes empresas manejadas por gente como ellos, con buenas conexiones en el exterior y con el poder". (Clarín, 9 de enero de 1983.)

industrial y en el nivel de vida del conjunto de los asalariados. Entre el primer semestre de 1975 y el mismo periodo de 1982, la ocupación industrial había bajado en un 38.5%. Los descensos en las cifras de trabajadores empleados eran aún más acentuados en algunas ramas: textil, 57%; plásticos, 39%; material de transporte, 49%; maquinaria y aparatos eléctricos, 50%; maquinaria no eléctrica, 66%.<sup>22</sup> Este descenso se expresa también en las curvas de horas-obrero trabajadas y de ocupación obrera en la industria manufacturera :<sup>23</sup>

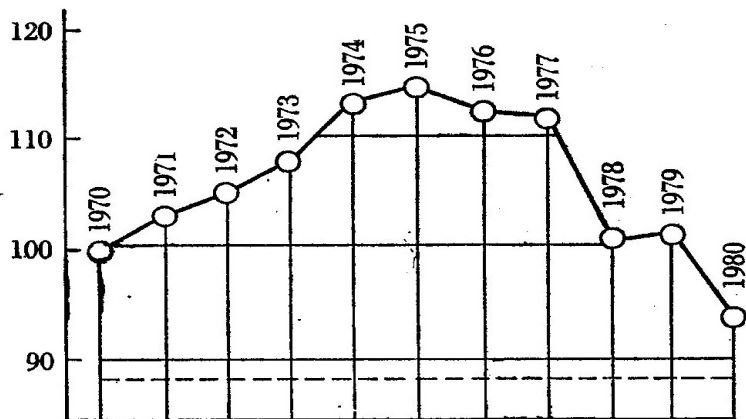
---

22 Clarín, edición semanal, n. 407, 20-26 de septiembre de 1982.

23 Dabat y Lorenzano, op. cit., pp. 110-11, señalan: "La cifra de desocupados ha sido motivo de una permanente discusión. El Instituto Nacional de Estadísticas y Censos (INDEC) reconoce para abril y mayo de 1982. un 6% de la población económicamente activa, pero su base metodológica es considerar como ocupada a una persona que haya trabajado una hora durante la semana anterior a la que se recogieron las encuestas. La Universidad Argentina de la Empresa indica un nivel de 11-12% de desocupación sobre la PEA. Fuentes sindicales hacen ascender tal cifra a alrededor del 20-25%. Es probable que estimar la desocupación absoluta en alrededor del 15% sea bastante objetivo" (p. 112). Según el Movimiento de Integración y Desarrollo (MID), que encabeza Arturo Frondizi, el nivel de desocupación, "sumando desocupados y el equivalente en subocupados", alcanza a "una explosiva tasa de desempleo del 17%" (La Razón, Buenos Aires, 23 de abril de 1982). No obstante, todas las fuentes coinciden en que después de una fase de bajos salarios y alta ocupación hasta 1979 (la gente tenía a menudo dos trabajos para poder completar sus ingresos, a lo cual el ex-ministro de la dictadura, Juan Alemann, llama púdicamente "sobreocupación"), la curva de la ocupación tocó un punto de inflexión en 1980 y cayó bruscamente en 1981 y 1982, lo cual coincide también con la inflexión de otros indicadores económicos y con la precipitación de la crisis de la dictadura. Según Clarín, 12 de septiembre de 1982, la cifra de desocupados plenos en abril de 1982 era de unas 600 mil personas, que correspondían a una tasa de desocupación del 6%, la mayor desde 1973. El MID da para la misma fecha una cifra mucho mayor: 1 900 000. A fines de diciembre, la CGT-Brasil da una estimación similar: 2 millones de desocupados y 5 millones de "infraliquidados", con una caída del 10% en el consumo popular sobre los niveles ya bajos de 1981 (Clarín, 31 de diciembre de 1982). Sobre los cambios en la estructura ocupacional, véase también José Miguel Candía, "Argentina: cambios en el mercado de trabajo en el periodo 1976-1981 y perspectivas", en Argentina: políticas económicas alternativas, CIDE, cit., pp. 65-82.

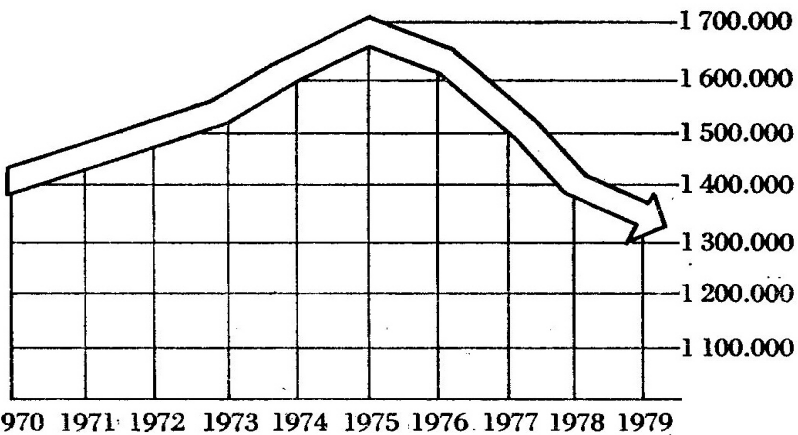
**HORAS-OBRAERO TRABAJADAS EN EL TOTAL  
DE LA INDUSTRIA MANUFACTURERA**  
(Índices base 1970 = 100)

Valor del  
Índice



**OCUPACIÓN OBRERA EN LA INDUSTRIA MANUFACTURERA**  
(Nueve primeros meses de cada año)

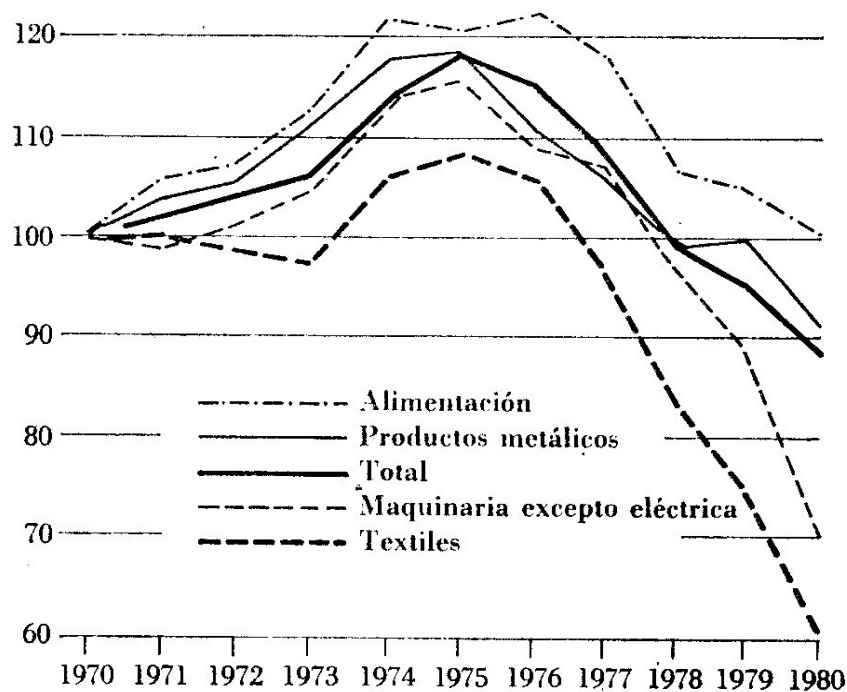
Cantidad de  
operarios (000)



FUENTE: Instituto Nacional de Estadísticas y Censos (INDEC, noviembre de 1981).



**EVOLUCIÓN DEL PERSONAL OCUPADO EN LA INDUSTRIA  
(Índice base 1970 = 100)**



FUENTE: FIEL, en base a INDEC.

Las curvas diferenciadas de algunas industrias son las anteriores.<sup>24</sup>

Esto no significa necesariamente un aumento de la desocupación abierta en las mismas proporciones, pues hasta 1979-1980 la fuerza de trabajo expulsada de la industria se desplaza a otros sectores. Significa sobre todo, particularmente en los años iniciales de la dictadura, una recomposición brutal de la fuerza de trabajo, en la cual se calcula, por ejemplo, que los llamados "trabajadores por cuenta propia" pasaron a ser un 25% de la población económicamente activa. La tasa de desempleo está velada además por la emigración de unos dos millones de argentinos durante ese periodo, por razones políticas y también económicas, los cuales formaban parte, en una alta proporción, de la población económicamente activa, y por la expulsión forzada, incluso con el uso de la fuerza militar y política, de casi medio millón de trabajadores inmigrados de países vecinos, particularmente bolivianos y paraguayos.

En cambio los resultados de la política económica de la dictadura aparecen nítidamente, desde el primer momento, en la violenta depresión de los salarios reales que puede verse en forma comparativa

<sup>24</sup> El Economista, Guía de Consulta 1982, Buenos Aires, diciembre de 1981, p. 44 (fuente: Fundación de Investigaciones Latinoamericanas, FIEL).

en el cuadro siguiente.<sup>25</sup>

**EVOLUCIÓN DEL ÍNDICE DE SALARIO.  
ARGENTINA, BRASIL, CHILE, ECUADOR Y MÉXICO, 1970-1980  
(1970 = 100)**

<i>Año</i>	<i>Argentina</i> <sup>1</sup> (Salario indus.)	<i>Brasil</i> <sup>2</sup> (Salario mín.)	<i>Chile</i> <sup>3</sup> Salarios y sueldos)	<i>Ecuador</i> <sup>4</sup> (Salario mín.)	<i>México</i> <sup>5</sup> (Salario mín.)
1970	100	100	100	100	100
1971	105	96	138	114	95
1972	96	94	125	106	107
1973	104	86	125	95	96
1974	115	79	54	127	(113) *
1975	116	83	73	143	105
1976	74	79	66	152	(129) **
1977	65	82	79	135	111
1978	60	85	75	120	117
1979	68	70	83	150	(144) ***
1980	75	—	—	—	124
1981	67	—	—	—	119
					118
					110
					—

\* Después de aumento de emergencia en septiembre; \*\* después de aumento de emergencia en octubre; \*\*\* después de aumento de emergencia en octubre.

**FUENTES:**

<sup>1</sup> Modificado de FIDE, abril de 1982, p. 13.

<sup>2</sup> DIEESE. Salario mínimo; *Divulgação*, 2/79.

<sup>3</sup> M. Echeverría: *Crisis, trabajo y salud*, tesis de Maestría, UAM-Xochimilco, mimeo, 1982.

<sup>4</sup> J. Breilh, E. Granda: *Acumulación económica y salud-enfermedad*. CEAS, Quito, 1981 (mimeo).

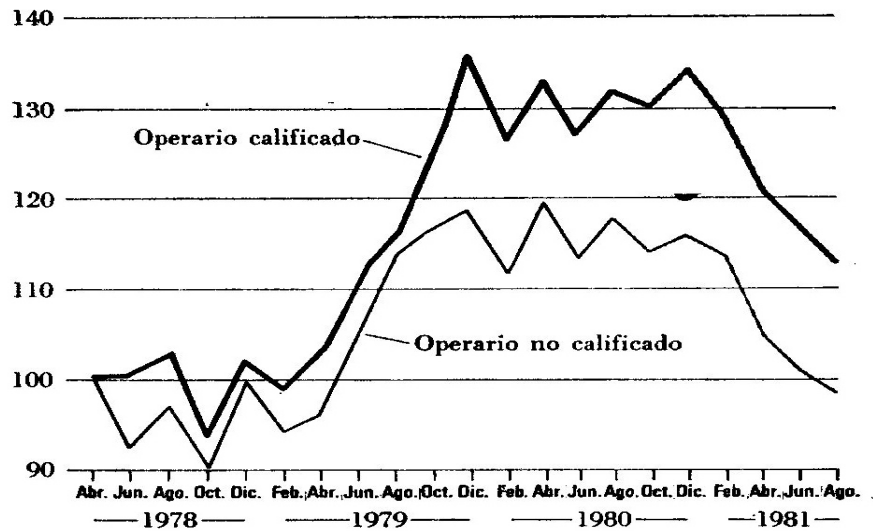
<sup>5</sup> *La economía mexicana en cifras*, Nacional Financiera, México, D. F., 1981.

Esta caída sufre una inflexión adicional después de 1980, como puede verse en las curvas siguientes,<sup>26</sup> que al combinarse esta vez con una caída efectiva de la ocupación global producirá una brutal reducción en los niveles de consumo popular:

25 Asa Cristina Laurell, "Crisis y salud en América Latina", Cuadernos Políticos, n. 32, México, julio-septiembre de 1982.

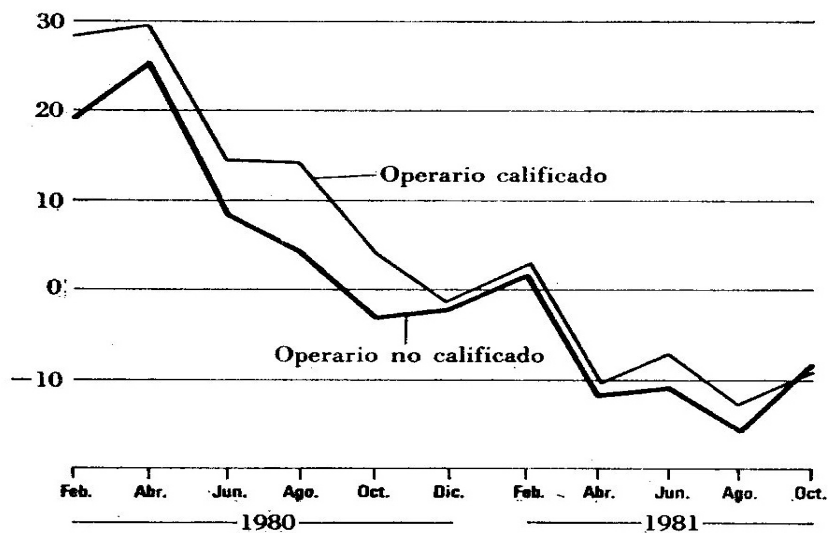
26 El Economista, cit., pp. 114 y 48.

**SALARIO REAL INDUSTRIAL**  
**Índice base: abril de 1978 = 100**



FUENTE: Instituto de Economía (UADE).

**EVOLUCIÓN DEL SALARIO REAL INDUSTRIAL**  
**Variación porcentual a igual bimestre del año anterior**



FUENTE: Instituto de Investigaciones Económicas (UADE).

Vistas desde otro ángulo, las cifras de la participación de los salarios en la distribución del ingreso dicen la misma historia:<sup>27</sup>

<sup>27</sup> José Miguel Candía, cit., p. 68. Cifras sensiblemente similares dan los economistas Alberto González Arzac y Alberto Biagosch, según cuyo estudio la participación de los asalariados en el ingreso nacional fue la siguiente en ese periodo: 1973/75 (promedio): 48.5%; 1976: 30.4%; 1977: 28%; 1978: 28.1%; 1979: 30.5%; 1980: 33.2%; 1981: 30.2%. (Clarín, edición semanal, n. 416, 29 de noviembre-5 de diciembre de 1982).

**TRANSFERENCIA DE RIQUEZA DEL SECTOR  
ASALARIADO A OTROS SECTORES**

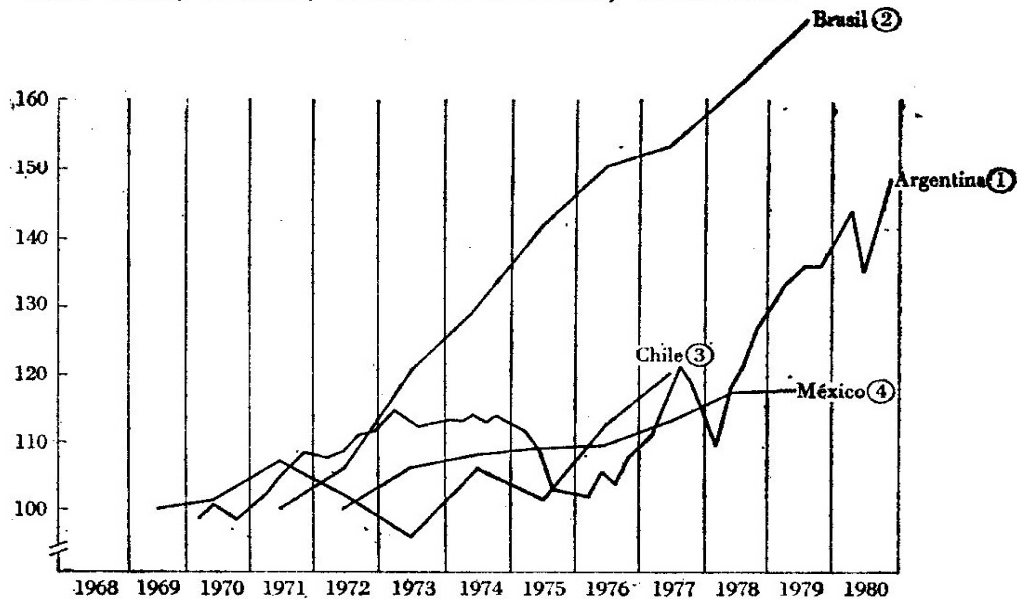
<i>Año</i>	<i>PBI (millones de dólares de 1976)</i>	<i>Participación de asalariados en PBI (porcentaje)</i>	<i>Transferencia a otros sectores en relación con 1975 (millones de dólares de 1976)</i>
1974	44 486 5	49 8	—
1975	44 257 0	47 5	—
1976	42 972 5	34 6	5 541 47
1977	44 780 0	29 0	8 302 14
1978	42 938 7	27 1	8 745 53
1979	46 323 0	29 1	8 523 21
1980	46 500 0	28 9	8 640 04
<b>Total de la transferencia (millones de dólares de 1976)</b>			<b>39 752 39</b>

**FUENTE:** BCRA. Participación de asalariados.  
PBI, 1974-1978. Banco Interamericano de Desarrollo.  
PBI, 1979-1980. BCRA.

Sin embargo, y como prueba adicional del proceso de reestructuración del aparato productivo, las cifras anteriores no marcan una caída de la productividad por trabajador, sino lo contrario, como lo muestra la gráfica que sigue:<sup>28</sup>

<sup>28</sup> Asa Cristina Laurell, art. cit. Alberto Spagnolo, "Sin precedente, la coacción en Argentina", Excelsior, México, 2 de octubre de 1981, utilizando datos de un estudio sobre la década de los setenta en Argentina realizado por el Instituto Nacional de Planificación Económica, constata también el aumento de la productividad: "el sector de junta de dicho incremento en el subperiodo 1976-79 en la industria manufacturera, con una tasa de crecimiento anual promedio de 8.2% y de 3.3% anual para la década. Le sigue, en orden de importancia, electricidad-gas-agua, con 7.4 y 6.2%, respectivamente, aunque ese sector tiene el liderazgo para el periodo, 1950-79 al quintuplicar su productividad".

**EVOLUCIÓN DE LOS ÍNDICES DE PRODUCTIVIDAD,  
ARGENTINA, BRASIL, CHILE Y MÉXICO, 1968-1980**



**FUENTES:**

<sup>1</sup> *Evolución económica de la Argentina*, Ministerio de Economía, Buenos Aires, 1981. (Productividad Industrial.)

<sup>2</sup> IBAFE, *Saúde e trabalho no Brasil*, ed. Vozes, Petropolis, 1982.

<sup>3</sup> M. Echeverría, *Crisis, trabajo y salud*, Tesis de maestría en Medicina Social, UAMX, México, 1982.

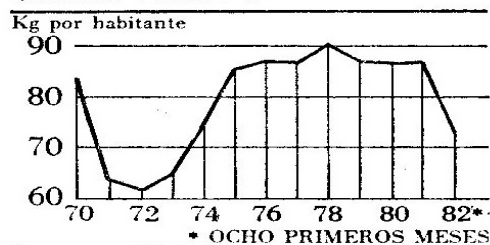
<sup>4</sup> C. Laurell, "El obrero mexicano - las condiciones de trabajo" en *El obrero mexicano*, ed. Siglo XXI, en prensa, 1982.

Pero sí determinan, en 1981 y 1982, la más brutal caída en el consumo popular y en los niveles de alimentación, ejemplificado en la reaparición de las "ollas populares" de inicios de los años treinta, donde van a comer un plato de sopa los desocupados, semioocupados y sus familias, y hasta de síntomas de desesperación (Clarín, edición semanal, 20-26 de septiembre de 1982, informa por ejemplo de tres casos de suicidio de hombres sin trabajo, en una sola semana, que matan consigo a toda su familia). En el primer semestre de 1982 (los meses de las Malvinas), mientras los salarios nominales aumentaron un 9%, los precios de los alimentos básicos crecieron un 44% lo cual da una declinación de un 24% del poder adquisitivo en ese periodo. Pero más que estas cifras, pueden dar una idea de la caída del nivel de vida popular las gráficas siguientes del consumo anual por habitante de diez productos antes habituales en la dieta argentina:<sup>29</sup>

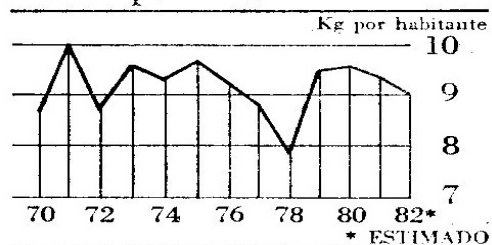
<sup>29</sup> Clarín, 12 de septiembre de 1982.

## CONSUMO DE ALIMENTOS Y BEBIDAS

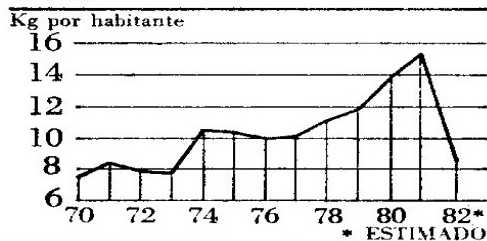
### Carne vacuna



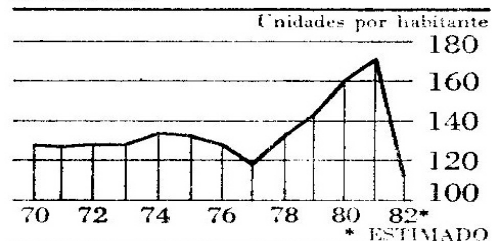
### Carne porcina



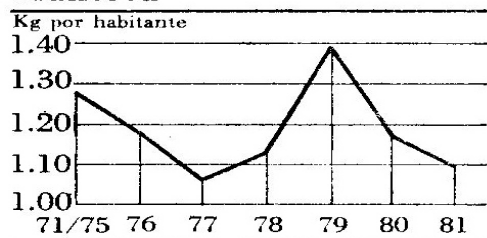
### Aves



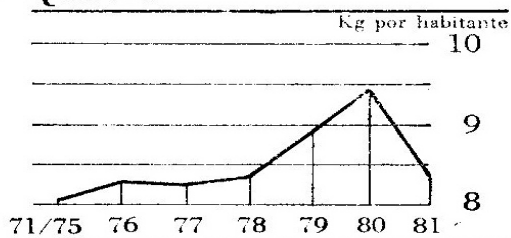
### Huevos



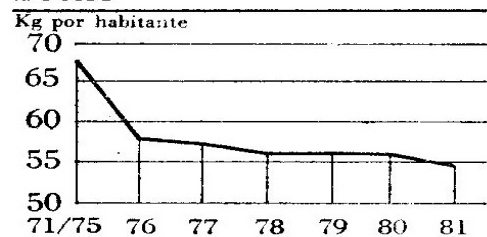
### Manteca



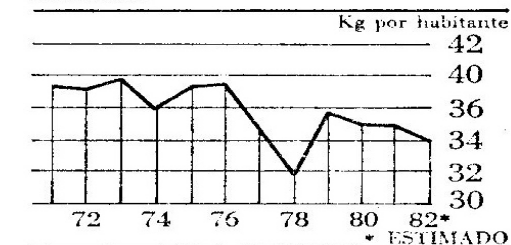
### Quesos



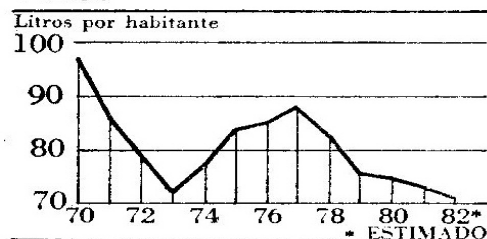
### Leche



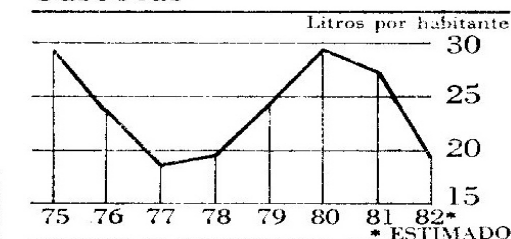
### Azúcar



### Vinos



### Gaseosas



FUENTES: CADIESA, J.N.G. Centro Azucarero, I.N.V. Minist. de Agric. y Ganadería, C.I.I. y Estim. propias.

Tomadas para el conjunto del periodo 1976-1982, las cifras que anteceden son reveladoras. Indican cuál fue el momento de auge del consenso del gobierno militar en amplios sectores de la pequeña

burguesía, que no veían o no querían ver lo que estaba pasando a su alrededor: 1978 y 1979, cuando llegan a su punto más alto de ese periodo las cunas de la ocupación, de los salarios y del consumo por habitante.

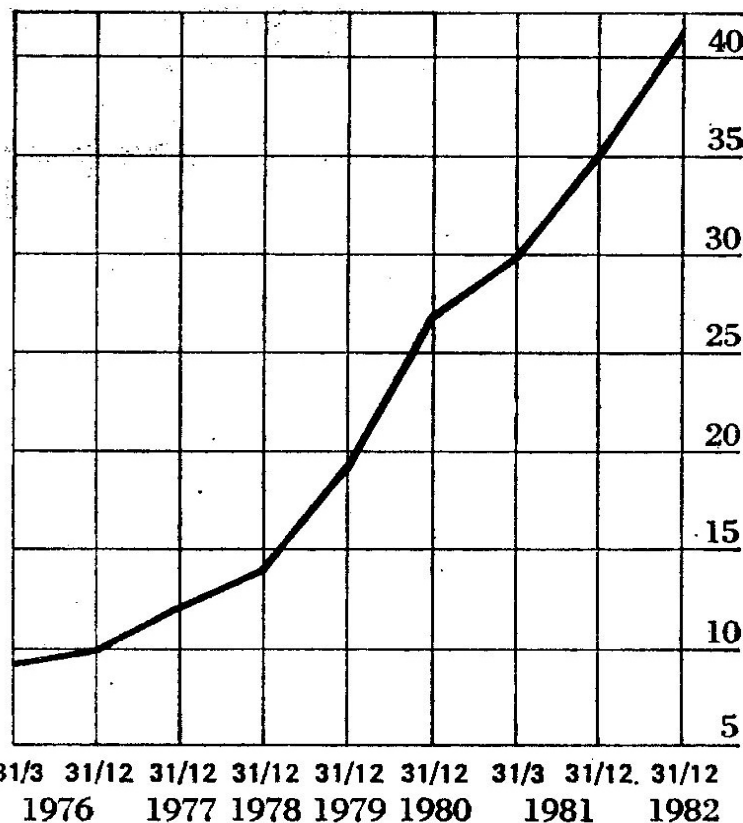
A partir de 1981 todas sufren una caída casi vertical y se suman a la caída de los otros indicadores económicos para determinar el desencadenamiento de la crisis política de la dictadura. Sin embargo, la represión, cuyos picos se ubican entre 1976 y 1979, había disminuido. Pero ahora todos habían comenzado a verla o a recordarla cada vez más públicamente. Y la dictadura terrorista del ejército, por su índole misma, había suprimido los mecanismos de mediación y de sustitución y compensación de poderes de que dispone un régimen constitucional para afrontar las consecuencias sociales de una crisis. La fuga hacia adelante de las Malvinas se aproximaba.

Una curva ascendió inconteniblemente y sin altibajos en los casi siete años de dictadura militar: la de la deuda externa, que tocó los 43 mil millones de dólares al iniciarse 1983,<sup>30</sup> La siguiente gráfica ilustra ese crecimiento vertiginoso:

---

<sup>30</sup> Clarín, 31 de diciembre de 1982. Según la misma fuente, la deuda aumenta un 18% anual tan sólo por intereses caídos y punitorios, lo cual significó en 1982 6400 millones de dólares. El 5 de septiembre de 1982, el mismo diario registraba que el país no tenía créditos, "no hay con qué pagar una deuda que no se sabe por qué se debe" y escaseaban los insumos importados, con el siguiente comentario: "Sentados frente a semejante tragedia, los argentinos no saben todavía por qué deben lo que deben y por qué pasaron de la fácil euforia a la generalizada depresión. En 1978 la Argentina todavía —a pesar de los zarzandees de la política reinante desde 1976— mostraba signos de vitalidad en su estructura productiva: entre lo que exportaba y lo que importaba tenía un saldo favorable de casi 3 mil millones de dólares y una deuda externa de 13 mil millones de la misma moneda. Dos años más tarde —después de la famosa tablita de Martínez de Hoz que reguló arbitrariamente el precio del dólar y abrió sin razón ni sentido la importación— el país compraba por más valor de lo que producía y debía ya 34 mil millones de dólares".

**EVOLUCIÓN DE LA DEUDA EXTERNA**  
**En miles de millones de US\$**



**FUENTE: Banco Central de la República Argentina.**

Una parte de esa deuda proviene de préstamos tomados para especular con las altísimas tasas internas de interés durante ciertos periodos; otra parte corresponde a los gastos militares, que en 1980 ascendieron a 3 060 millones de dólares y en 1981 a 10 084 millones de dólares, según cifras del Instituto Mundial de Estudios Estratégicos, a lo cual hay que sumar los gastos todavía ignorados del año de la guerra de las Malvinas. Ya en 1978 el gasto militar alcanzaba niveles desproporcionados para un país de desarrollo industrial intermedio como Argentina.<sup>31</sup>

<sup>31</sup> Cifras y cuadro tomados de Dabat y Lorenzano, op. cit., p. 176. Debe tomarse en cuenta que, además, Argentina posee una importante industria militar propia, que fabrica tanques, blindados, aviones, armamento liviano y pesado y sus municiones, e incluso exporta armas, y dispone ya de la base técnica e industrial para la fabricación de armas nucleares. Después de su derrota en las Malvinas, las fuerzas armadas argentinas han iniciado nuevas adquisiciones para reponer el enorme volumen de material bélico destruido o abandonado en las islas. Clarín, edición semanal, n. 416, 29 de noviembre-5 de diciembre de 1982, informa por ejemplo que siguen adelante los planes para comprar cuatro fragatas en Alemania Federal, que costarán más de mil millones de dólares. El 19 de enero de 1983, en un editorial titulado "El descontrol de la deuda externa" el Clarín dice: "A falta de explicaciones oficiales se da este fenómeno [el crecimiento descontrolado de la deuda], se presupone que sus dos causas fundamentales fueron la acumulación de intereses y el equipamiento militar, apareciendo como más determinante el primero, de los dos".

La deuda externa, por otra parte, se ha transformado en uno de los puntos centrales de la búsqueda de responsabilidades en la



**EL PESO DEL GASTO MILITAR ARGENTINO**  
(En dólares per cápita anuales)

País	Gastos militares	Gasto en educación	Gasto en salud	% de los gastos militares sobre el total de los tres rubros
Argentina	55	54	11	45.83%
EEUU	499	565	341	35.51%
Brasil	18	55	27	18.00%
Suecia	365	927	883	16.78%
Venezuela	44	149	83	15.94%

FUENTE: "World Military and Social Expenditures" (1978).

Esta deuda externa descomunal condiciona todas las decisiones políticas en Argentina a los marcos que conviene imponer al capital financiero internacional. El trabajo argentino no sólo debe pagar la reestructuración del capital nacional e internacional en Argentina sino también el monto de la deuda externa que es parte de esa reestructuración. Las medidas de austeridad exigidas por el FMI son la garantía de ese pago. Una fracción del capital nacional también se siente víctima de esa opresión, pero la crisis mundial no deja márgenes para que pueda negociar un alivio y se ve triturada por la reestructuración mundial de la economía. Los términos de la deuda externa aparecen entonces como términos del enfrentamiento de clases en el país, en el cual la solidaridad de todos los sectores asalariados debe unirlos contra la política de austeridad, frente a la solidaridad opuesta, entre sí y contra ellos, de las diversas fracciones del capital. Esta forma de opresión financiera internacional no puede ser resistida sin combatir al capital nacional.

#### 4. UNIÓN NACIONAL, DERROTA MILITAR

agudización de la crisis interburguesa. Así, Juan Alemann critica a los militares porque "no son conscientes de su propia responsabilidad en las decisiones del Proceso" y echan las culpas sobre Martínez de Hoz o sobre otros civiles (entre ellos, él mismo). "Además parecen olvidarse —agrega— de que las elevadas compras de material bélico que caracterizaron los años 1978, 1979 y 1980 son de su responsabilidad" y no reconocer a Martínez de Hoz el "gesto de lealtad" de no aludir a esos gastos militares. (Clarín, 7 de enero de 1983.) El chantaje abierto de estas declaraciones, viniendo de uno de los cerebros de la política económica de la Junta Militar, indica la acritud de la polémica y la profundidad de las fracturas en las cumbres del poder.

Es un hecho universalmente reconocido que la Junta Militar se lanzó a la aventura de las Malvinas para buscar una salida a las crecientes fracturas en el poder y en las fuerzas armadas mismas. En la reivindicación de la soberanía argentina sobre las Malvinas creyó encontrar un elemento emocional unificador de la opinión pública, estimulando los sentimientos patrioterros más atrasados. Indiscutiblemente, en un primer momento logró apoyo, en particular en la pequeña burguesía urbana pero también en limitados sectores obreros. La mayoría de la clase obrera, empero, como veremos después, acogió primero con desconfianza y prescindencia, y luego con rechazo neto, el llamado de la dictadura a la guerra patriótica, y se replegó a sus barrios y lugares de trabajo sin compartir la euforia inicial de otros sectores.

El elemento puramente emocional e ideológico no tardaría en disolverse ante las primeras dificultades de la guerra, aun antes del desembarco británico, y mucho más cuando los combates en las islas fueron mostrando el absurdo y la inutilidad de la aventura. Como ha sido denunciado y demostrado en diversos análisis de la izquierda revolucionaria,<sup>32</sup> la reivindicación de las Malvinas es una demanda puramente territorial y secundaria, ya que su ocupación por Gran Bretaña desde hace 150 años no ha impedido ni fracturado en lo más mínimo la organización territorial, jurídica, económica y poblacional de la nación argentina y de su Estado. Son ridículas las comparaciones que se han hecho con el caso de China, dividida por las potencias imperialistas, impedida su unificación nacional e invadida por el imperialismo japonés en los años treinta. No hay en las Malvinas ninguna población argentina oprimida ni la presencia británica en las islas afecta en lo más mínimo la independencia política de la República Argentina o su organización económico-estatal. Como reivindicación nacional, en consecuencia, era infinitamente menos importante que la ocupación de Guantánamo, en territorio cubano, por Estados

---

32 Esta posición fue planteada, en el curso de la guerra y dentro del país, por publicaciones de la organización trotskista Nuevo Curso. Véase también, al respecto, la argumentación de Spagnolo y Estesn en "Las Malvinas: sueños de potencia y resistencia popular", cit. En un sentido similar, véase Dabat y Lorenzano, op. cit., en especial el capítulo I, "La Argentina y la cuestión nacional", aun registrando diferencias de análisis con los precedentes. Véase igualmente artículos de Guillermo Almeyra en Unomásuno, México, durante las semanas de la guerra, y documentos publicados en Divergencia, revista marxista revolucionaria argentina editada en París, números 2 y 3. El 10 de abril, el autor de este trabajo escribía en Unomásuno, México: "El primer interés nacional en Argentina no son las Malvinas, sino la reorganización de la clase obrera y sus aliados como la única fuerza social capaz de defender hasta el fin y sin compromisos los intereses de la nación. En la escala de prioridades nacionales es infinitamente más urgente que los obreros recuperen sus sindicatos antes que los militares recuperen las Malvinas. Como esta última acción está dirigida, entre otros objetivos, a distraer y postergar aquella recuperación, ninguna unión nacional está permitida con ese gobierno. [...] Que los partidos Justicialista, Radical, Conservador, Comunista y Montonero, además de la CGT y la CNT (y no sabemos si hay más en la lista), hayan resuelto apoyar la concentración convocada por el gobierno militar en Plaza de Mayo, nada tiene que ver con los reales intereses de la clase obrera argentina. Ese tipo de apoyo caerá como una vergüenza nacional sobre quienes lo concedieron". (Lamentablemente, sí había unos cuantos más en la lista de quienes apoyaron y participaron en la manifestación de ese 10 de abril, entre ellos algunas tendencias trotskistas...)

Unidos, o la ocupación de Gibraltar, en territorio español, o de Hong Kong, en territorio chino, por Gran Bretaña.

Si las fuerzas políticas de la oposición burguesa y de la burocracia sindical peronista dieron su apoyo entusiasta a la guerra desde el primer momento, ello se debe, por un lado, a que comparten con los militares la ideología de la "Argentina potencia", única justificación teórica válida de esta aventura; y, por otro lado, a que esa oposición burguesa, agrupada en la Multipartidaria y en formaciones menores como el Partido Federal (derecha) o el Frente de Izquierda Popular (nacionalista), atravesaba también una situación de crisis y debilidad política por su carencia de alternativas tanto al dominio como a la crisis del poder militar. Todos ellos además, con profundo oportunismo, temieron aislarse de la población y que Galtieri les arrebatara la clientela política.

Si la abrumadora mayoría de las organizaciones de izquierda también apoyó la guerra y, aun manteniendo sus críticas a la Junta, la consideró una guerra "antimperialista", debe deducirse que su pensamiento político, aunque se diga socialista y marxista, está impregnado de ideología nacionalista pequeñoburguesa. Esa ideología les vedó guiarse, frente a un problema semejante, por los intereses inmediatos e históricos de la clase obrera, y las llevó a tomar por una lucha antimperialista lo que era una guerra reaccionaria entre dos regímenes burgueses en crisis. En este apoyo se destacaron particularmente el Partido Comunista Argentino, cuyo alineamiento con la Unión Soviética, principal adquirente de la producción agraria argentina,<sup>33</sup> lo hizo girar siempre en la órbita del gobierno militar, y el Partido Socialista de los Trabajadores, clásica corriente oportunista del trotskismo argentino.

La guerra de las Malvinas terminó como todos sabemos que terminó. No se trata de hacer aquí la historia de su desarrollo entre el 2 de abril y el 14 de junio de 1982, día de la rendición del ejército argentino. Esta empresa insensata puso en evidencia y confirmó, bajo la prueba irrefutable de su comportamiento frente a una crisis histórica, ciertos rasgos políticos y morales fundamentales de las fuerzas que se mueven en la política argentina: el ejército, la oposición burguesa y la izquierda.

La guerra mostró, no sólo ante el conjunto de la población sino también ante todas las fracciones de la burguesía, la incapacidad política de los militares. Desde un principio se equivocaron sobre los alcances y las consecuencias del conflicto, la reacción del gobierno de Thatcher, la posición que adoptaría Estados Unidos, el supuesto apoyo de la Unión Soviética y el conjunto de los alineamientos internacionales. Aunque el desembarco en las Malvinas venía siendo preparado al menos desde que

---

33 Alberto Spagnolo, "Costo económico del conflicto de las Malvinas", *Le Monde Diplomatique en Español*, México, junio de 1982, da estas cifras: "La URSS totaliza casi el 40% de las exportaciones argentinas: 76% en trigo, 86% en maíz, 80% en sorgo, 32.5% en soya, 85% en subproductos agrícolas en general, 23.7% en lanas, 21% en carnes".

Galtieri se hizo cargo del poder al sustituir a Viola en diciembre de 1981, en el momento de ejecutarlo los comandantes de las tres armas seguían discutiendo sobre los alcances y la duración que tendría la ocupación de las islas. Al parecer la inercia de los hechos consumados y el triunfalismo desencadenado por su propia propaganda determinó que se impusiera la tendencia que quería convertir el gesto simbólico del desembarco en una ocupación definitiva.<sup>34</sup> El presidente Galtieri, que en noviembre de 1981 había asistido a la reunión de la Junta Interamericana de Defensa en Washington y había recibido el espaldarazo de ser calificado, por militares estadounidenses de su misma inteligencia y estatura moral, como "un general imponente", dijo poco antes de la derrota que nunca había imaginado la violenta reacción de Thatcher y declaró meses después que decidió la invasión de las Malvinas "para presentarse a elecciones y ganarlas ampliamente" y que "la guerra de las Malvinas nos dejó menos muertos que los accidentes de tránsito".<sup>35</sup> Según las crónicas periodísticas, actualmente el ex-presidente Galtieri vive encerrado en su casa, al cuidado de guardaespaldas que más que velar por su seguridad impiden que continúe haciendo declaraciones a la prensa. La guerra reveló, ante el país entero y ante sus propias tropas, la incapacidad militar de esos militares. Impreparación de soldados y oficiales, improvisación en los proyectos, confusión y desorden en la logística, equipo inadecuado para el clima de las islas, planes de guerra absurdos que no resistían al menor análisis: el mundo entero vio, casi incrédulo, cómo un ejército moderno de un país medianamente industrializado se precipitaba a ciegas hacia su propia derrota y cómo la mayoría de la población de ese país, arrastrada por la propaganda y por su propia ideología patriótica, todavía creía a principios de junio en una victoria imposible desde el inicio.

Los relatos de los soldados que regresaron de las Malvinas muestran el desorden creciente y cada vez más generalizado después del desembarco británico: oficiales que combaten y oficiales que huyen, suboficiales que animan a sus tropas y suboficiales que tiemblan y se paralizan, abastecimientos que no llegan al frente mientras a pocos kilómetros se amontonan y se pudren en los almacenes, soldados que

---

34 En un informe preliminar de los integrantes de la Junta Militar que decidió el desembarco —general Leopoldo Galtieri, almirante Julio Anaya y brigadier Basilio Lami Dozo— se dice que "la decisión originalmente adoptada preveía ocupar las Malvinas para iniciar inmediatamente negociaciones, por lo cual se resolvía retirar el grueso de las tropas y sólo dejar en el archipiélago un pequeño destacamento militar" (Clarín, 5 de enero de 1983). Este aparente cambio de planes sobre la marcha puede explicar, aunque sólo en parte, la increíble impreparación con que fueron enviados los conscriptos a las islas y el caos logístico subsiguiente. Otro informe oficial sobre la guerra, el llamado informe Calvi, dice que "se le explicó al general Menéndez [el jefe de las tropas en las Malvinas] que todo era conducido por el ministro de Relaciones Exteriores, Nicanor Costa Méndez, quien ya tenía todo solucionado, y que la votación en el Consejo de Seguridad iba a ser favorable 9 a 7 y, de lo contrario, se contaba ya con el veto de la URSS y de China". La acción argentina, como es sabido, fue condenada en el Consejo de Seguridad con el único voto en contra de Panamá, y la Unión Soviética y China se abstuvieron. La incapacidad política de los militares y de algunos de sus turbios cómplices, como el ex-canciller Nicanor Costa Méndez, parece no tener límites.

35 Clarín, edición semanal, n. 412, 1-7 de noviembre de 1982.

tienen que robar ovejas para no morir de hambre y soldados que son salvajemente castigados por robar, soldados que literalmente perecen de frío o que deben ser amputados de alguno de sus miembros por congelamiento y el general Menéndez, comandante en jefe, que hace forrar de pieles su oficina y se hace traer en un vuelo especial su Ford-LTD desde el continente: un espectáculo de corrupción, incapacidad y tragedia que parece traído de los frentes de la primera guerra mundial o de los relatos de los soldados italianos que el fascismo mandó a congelarse y a morir en el frente del este en la segunda. En los días y horas finales de la ofensiva británica, el desorden se volvió caos: oficiales que daban órdenes por radio desde la retaguardia mientras los soldados caían en el frente, oficiales que se replegaban con parte de sus hombres sin dar orden de repliegue a los demás simplemente por desconcierto, oficiales y soldados aislados que continuaban combatiendo cuando los demás ya se habían retirado, y finalmente abandono generalizado de las armas por los soldados que se veían a su vez abandonados por oficiales que habían perdido el control de la situación y de sí mismos.

Toda la corrupción moral, la ineptitud profesional, la podredumbre espiritual de una dictadura militar especializada durante seis años en secuestros, violaciones, desapariciones, torturas y asesinatos innumerables parecía salir a flote a borbotones como una espuma turbia y sangrienta al tener que enfrentarse realmente por primera vez con un ejército enemigo bien organizado y despiadado, y se desplomaba sobre las propias fuerzas armadas argentinas.<sup>36</sup>

Aquí se combinaron dos factores. Por un lado, años de torturas y represión, de lo que ellos mismos

---

<sup>36</sup> Entre los libros y documentos sobre la guerra publicados después de la derrota, uno de los más interesantes es Daniel Kon, *Los chicos de la guerra*, ed. Galerna, Buenos Aires, 1982, serie de entrevistas a los ex-combatientes donde éstos relatan lo que muchos otros testimonios confirman sobre la desastrosa conducción militar en las Malvinas. Esos muchachos comprobaron también, tanto en el combate como cuando estaban prisioneros en el Canberra, la superioridad en equipo, en entrenamiento y en organización de las tropas británicas, profesionales de la guerra bien pagados, en comparación con los conscriptos argentinos. Pero también vieron en combate el racismo del ejército británico y su uso de los gurkas: "Los gurkas venían muy estimulados, muy dopados —cuenta uno—. No era difícil matarlos, pero eran demasiados. [...] Eran como robots: un gurka pisaba una mina y volaba por el aire y el que venía atrás no se preocupaba en lo más mínimo, pasaba por la misma zona sin inmutarse y a lo mejor volaba él también. [...] No les interesaba nada, ni sus propias vidas. Los ingleses venían detrás de los gurkas, con el camino casi limpio. Y además los relevaban constantemente. Después de una determinada cantidad de horas de estar en el frente a los ingleses les llegaba el relevo. En un helicóptero los sacaban del frente y los llevaban a Bahía San Carlos o a Darwin, donde comían, tenían asistencia médica, todo lo que necesitaban. Nosotros, en cambio, estábamos siempre en el mismo lugar, muertos de frío, con hambre. Nosotros llevábamos sesenta días en las islas y ellos quince o veinte". (Daniel Kon, op. cit., p. 37.) Otro conscripto argentino cuenta que un grupo de sus compañeros, en la ofensiva británica, "al final se quedaron sin municiones y vieron que los argentinos que estaban en posiciones de más adelante empezaban a rendirse. Ellos seguían escondidos en su trinchera, y desde allí vieron cómo un gurka hacía desnudar a un argentino que se había rendido y lo hacía caminar por el campo, dándole patadas y golpes con un fusil. Un rato después vieron cómo un sargento salía de su posición. Se le habían terminado las municiones, y tiró el casco, el correaje, el fusil, todo, y se rindió. Pero los gurkas lo agarraron de los pelos, lo empujaron hasta que quedó arrodillado sobre la tierra, y le cortaron el cogote. Así fueron haciendo con cuatro o cinco pibes de esa posición. Algunos lloraban, les pedían por favor que no los mataran, pero igual los degollaban". (Daniel Kon, op. cit., p. 102.) Éstas son imágenes del tipo de democracia imperial en cuyo nombre mandó Thatcher sus tropas a las Malvinas.

llaman la "guerra sucia" contra su propio pueblo, habían dañado irreparablemente esa fibra moral que incluso el oficial más reaccionario necesita para ir al combate. Las Malvinas revelaron esa misma suerte de descomposición de la capacidad militar que el cuerpo de oficiales franceses (instructores a su vez de los argentinos en la "guerra sucia") experimentó en las guerras de Indochina y sobre todo de Argelia, y que contribuyó grandemente a conducirlo a sus derrotas sin honor y sin gloria.

Por otro lado, también fue decisivo un elemento que tanto los militares argentinos como los partidarios burgueses e izquierdistas de la guerra (entre los cuales había brillantes economistas) olvidaron en sus cálculos, aunque estaban obligados a conocerlo: el abismo existente entre el desarrollo económico e industrial de una de las grandes potencias imperialistas del mundo y un país capitalista subordinado y medianamente industrializado. Como aquí no había el menor elemento de lucha de liberación nacional —como sucedió, entre tantas otras, en las guerras anticoloniales de Argelia, de Vietnam o de las colonias portuguesas—, como se trataba de una guerra entre dos países capitalistas de muy diverso grado de desarrollo, como fue conducida siempre desde el lado de los militares argentinos como una guerra convencional (y era imposible, bajo esa dirección y con esos objetivos, que fuera conducida de otro modo), ese desnivel entre ambos países era un factor que determinaba de antemano, en forma ineluctable, la victoria inglesa y la derrota argentina en el escenario de las Malvinas. Por eso el alto mando británico, que demostró tener mejor conducción política que los militares argentinos, se cuidó muy bien de realizar cualquier operación contra territorio continental argentino. También esto era previsible. Y por eso la actitud más sensata desde el punto de vista militar, más adecuada a los intereses del pueblo argentino desde el punto de vista político y nacional, y hasta más patriótica, si así se la quiere llamar, era la de plantear el retiro unilateral de las tropas argentinas de las Malvinas abriendo en cambio hostilidades económicas, contra el imperio británico (que nunca las hubo), para evitar el desastre militar que se hizo inevitable después del desembarco británico. Ningún "patriota", por supuesto, ni de derecha ni de izquierda, aceptó esta salida del repliegue. Preferían salvar el "honor" y no miles de vidas de muchachos argentinos. Tampoco salvaron el honor, y ni siquiera la vergüenza...

Esta distancia entre ambas economías, que desmiente a quienes contra toda evidencia material quieren ver en Argentina un país de desarrollo industrial avanzado y hasta una potencia imperialista (o poco menos), puede medirse sencillamente en el indicador básico del desarrollo económico: la productividad del trabajo. La guerra convencional, como es sabido, es un trabajo, y el superior nivel de desarrollo y de organización industrial de un país sobre otro o, en otras palabras, la superioridad de su economía (en recursos industriales actuales y en reservas), se reflejará, en una guerra convencional en la cual se

enfrentan básicamente esos dos niveles de organización productiva, en su superioridad militar.

Este desnivel cualitativo en el desarrollo de ambos capitalismo, el británico y el argentino, aparece descrito bajo la forma de una especie de himno de victoria imperialista en el balance que el Departamento de Defensa de Estados Unidos hizo de la guerra de las Malvinas:<sup>37</sup>

El éxito militar británico se debe a razones más amplias que la pura superioridad de los armamentos, (... ] Los ingleses se impusieron por la calidad de su fuerza humana, su liderazgo en todos los niveles, la cuidadosa planificación de sus pasos, su entrenamiento superior, la gran calidad de sus servicios de inteligencia y la habilidad de sus servicios para conducir operaciones coordinadas.

Es la misma diferencia que, con palabras más sencillas, comprobaron los soldados argentinos prisioneros y refirieron después en sus declaraciones. Esa diferencia nada tiene que ver con la fuerza de trabajo utilizada —los soldados, los trabajadores— sino con el nivel de desarrollo de ambas economías y su respectiva capacidad de organización de esa fuerza de trabajo.<sup>38</sup> Como la de las Malvinas no era una guerra del pueblo ni una guerra antimperialista, sino una guerra motivada por los intereses del capital y de su Estado y conducida de principio a fin según sus normas y cánones, esa diferencia estaba destinada a ser decisiva.

Pero la guerra de las Malvinas, en sus aspectos políticos, militares y diplomáticos, mostró algo más: hizo evidente para el conjunto de la clase dominante que la casta militar, pese a estar convencida de lo contrario, a la larga no puede remplazar en el gobierno las capacidades, la experiencia y las mediaciones de los representantes políticos de la clase burguesa. Ante tanta ineptitud de los militares incluso en su propio oficio, el de la guerra, esos políticos que habían sido hechos a un lado sin contemplaciones por el golpe militar tuvieron su hora secreta de desquite: los militares derrotados los necesitaban y los buscaban mientras, según la índole normal del discurso militar, no dejaban de amenazarlos.<sup>39</sup>

---

37 El balance agrega una conclusión que se inscribe dentro de la política de rearme conducida por el Pentágono y el gobierno Reagan: "La gran lección del conflicto entre la Argentina y Gran Bretaña es que una fuerza disuasiva adecuada cuesta mucho menos que el intento de detener el ataque consumado" (Clarín, lo. de febrero de 1982).

38 La diferencia entre la organización militar de los británicos y la de los argentinos que los soldados argentinos pudieron comprobar (véase nota 36, szípra) puede resumirse, en términos abstractos, en la siguiente formulación: "En el mercado mundial, el trabajo de un país con una mayor productividad del trabajo es evaluado como más intensivo, de tal modo que el producto de una jornada de trabajo de esa nación se intercambia por el producto de más de una jornada de trabajo de un país subdesarrollado" (Ernest Mandel, El capitalismo tardío, ed. Era, México, 1979, p. 72).

En el campo de batalla de las Malvinas ese "producto" se intercambia sin otra mediación comercial que la de la guerra, con el resultado conocido.

39 Un ejemplo típico de las declaraciones que los políticos hacen ahora todos los días es la de Deolindo Bittel, dirigente peronista, en un mitin: "Los militares no sirven para gobernar y tampoco sirven para pelear, como lo demostraron en las islas Malvinas" (Clarín, lo. de febrero de 1983). Bittel, por supuesto, había apoyado con fervor y sin objeciones la iniciativa de los militares en abril de 1982.

Esta pérdida de confianza de la burguesía en su propio ejército, no sólo por la derrota sino por la forma en que fue derrotado, debe registrarse como uno de los rasgos determinantes de la crisis política argentina, aunque no siempre aparezca en primer plano.

Sin embargo, esos políticos de la oposición burguesa no estaban en buena posición, al final de la guerra, para enfrentar a los militares. En primer lugar, porque ninguno de sus partidos ni todos ellos sumados podía movilizar un apoyo popular que le permitiera ofrecer una alternativa al poder militar. En segundo lugar, porque casi todos ellos, congelados en sus actividades durante seis años por lo que la dictadura llamó la "veda política" —la prohibición de todos los partidos y la intervención militar de todos los sindicatos—, habían dialogado secretamente o no con el poder militar y habían silenciado sus crímenes. En tercer lugar, porque todos ellos (salvo casos absolutamente individuales, como el de Vicente Solano Lima, ex-vicepresidente en el interregno democrático de Héctor J. Cámpora) habían apoyado desde el mismo 2 de abril la aventura de las Malvinas. Todas las corrientes del peronismo, desde la derecha hasta los Montoneros, saludaron entusiastamente la iniciativa de los militares en las Malvinas y muchos —como los mismos Montoneros— se propusieron como voluntarios para ir a combatir a las islas. La burocracia sindical peronista decretó la "tregua social" y la "unidad nacional" con la Junta Militar mientras durase el conflicto de las Malvinas. Todas las corrientes de la Unión Cívica Radical y del peronismo, partidos electoralmente mayoritarios que, junto con la democracia cristiana, los intransigentes y los desarrollistas se agrupan en las Multipartidarias, apoyaron la guerra. Hicieron algunas reservas estos últimos en cuanto a la política económica de la Junta, pero saludando la "euforia" del pueblo argentino ante la recuperación de "esa tierra hasta entonces irredenta" y sin oponerse a la insensata aventura militar.<sup>40</sup>

Pocos hechos muestran tan claramente como este apoyo unánime a la guerra de las Malvinas que el poder militar se basó también en el agotamiento histórico y en la complicidad de las viejas direcciones políticas burguesas. Esa política burguesa no produjo un solo dirigente —no digamos ya un De Gaulle,

---

40 El Movimiento de Integración y Desarrollo (MID), dirigido por el presidente Frondizi, publicó una declaración el 22 de abril (La Razón, Buenos Aires, 23 de abril de 1982) que comenzaba con estas palabras: "La Argentina vive momentos de euforia con motivo de la recuperación física de Las Malvinas, explicable tanto porque esa tierra hasta entonces irredenta es muy cara al espíritu nacional como porque para todo pueblo el sabor a victoria es dulce después de un largo periodo de frustraciones". Es difícil expresar mejor el contenido de la solidaridad burguesa con la aventura militar, incluso en la evocación del tema típicamente reaccionario del "irredentismo". A continuación la declaración considera necesario distinguir entre el apoyo a "la acción de las fuerzas armadas, teñida ya de coraje y de sangre" y las decisiones políticas del gobierno, a las cuales critica particularmente en el campo económico. El 25 de mayo, con motivo de la fecha patria, Arturo Frondizi, Óscar Allende, Jorge Abelardo Ramos y otros políticos burgueses estaban tomando "el tradicional chocolate" ofrecido por el ministro del Interior de la Junta y oyendo una alocución patriótica de Galtieri. El peronista Carlos Contin mandó su adhesión.



ni siquiera un Caramanlis— que tuviera la clarividencia y el coraje de alzarse abiertamente contra una aventura tan obviamente condenada al desastre. Si no era posible hacerlo dentro del país, nada les impedía irse al exterior desde el 3 de abril y levantar desde allí la voz acusadora contra la insensatez e ineptitud de los militares. Ese día, en cambio, varios de ellos fueron a las Malvinas, llevados en avión especial por los militares que los usaban para respaldar su empresa. Después fueron al exterior, sí, pero a hacer propaganda por la guerra en nombre de sus partidos políticos o de sus organizaciones sindicales, como agentes viajeros de la Junta y garantes democráticos de su aventura. Hoy elevan la voz acusando a los militares de todos los males, cuando ellos contribuyeron sin reservas a la intoxicación propagandística y a la nube de mentiras que durante las semanas de la guerra envolvió a toda la población argentina.

Aun desde un punto de vista estrictamente patriótico y burgués, muchos de esos dirigentes tenían la suficiente inteligencia para comprender —como lo comprendieron los militares de otros países—<sup>41</sup> que un ejército corrompido en la tortura y en los negociados y especulaciones financieras no podía conducir eficazmente una guerra exterior sino enviar a la matanza y a la derrota a sus propias tropas. Si cerraron los ojos y apoyaron la guerra, ello obedece también a razones más profundas que su propio agotamiento, que tienen que ver con el semisecular entrelazamiento de la política burguesa y del poder militar en Argentina. Guillermo Almeyra lo describe en estos términos:

La Argentina, desde 1930, depende del poder militar. Sea el conjunto de las fuerzas armadas, sea un sector solo de ellas —nacionalista o pro-oligárquico— desde entonces determinaron, en efecto, el curso de la vida política nacional y dieron al Estado su principal base de apoyo. Incluso en los periodos en que el consenso de la sociedad civil, a través del populismo peronista, daba al Estado aparentemente una base más amplia, ha sido la evolución interna en las fuerzas armadas, determinada por el temor a la ruptura social entre las masas peronistas (objetivamente anticapitalistas) y su dirección burguesa, lo que llevó al fin de la experiencia de la alianza entre los militares y los trabajadores bajo la bandera del nacionalismo burgués de la "Argentina potencia". Así fue en 1945, en 1952-55, en 1974-76, y eso fue

---

41 Véase, por ejemplo, las declaraciones en París del almirante francés Antoine Sanguinetti, Unomásuno, México, 11 de abril de 1982, y cables de agencias.

lo que determinó los golpes militares de 1955 y de 1976, las llamadas Revolución Libertadora y Revolución Argentina, esas fugas hacia lo desconocido mediante las cuales los militares trataron de arrojar la espada sobre la balanza y de resolver por la fuerza el empate histórico entre un movimiento obrero sin programa propio, sin dirección revolucionaria ni independencia política pero capaz de impedir los planes de la burguesía, y un sector capitalista desarrollado, pero dividido, sin proyecto común ni capacidad para imponer sus ambiciosos objetivos generales. Todas las fuerzas políticas burguesas argentinas, sin excepción alguna, aceptan y fomentan esta dependencia de los militares.<sup>42</sup>

La unidad nacional en torno a la guerra reaccionaria de las Malvinas tiene así raíces que atañen al ser mismo de la burguesía argentina en todos sus sectores y tendencias.

## 5. LA ACTITUD DE LA CLASE OBRERA

Sería contrario a los hechos afirmar que la clase obrera argentina mantuvo una oposición activa a la guerra de las Malvinas. La intoxicación de la propaganda patriótica de la Junta, apoyada por todas las direcciones sindicales, alcanzó también a sectores de la clase más perseguida —física, económica, política y culturalmente— por el gobierno militar. Pero desde los primeros días de la guerra fue evidente, y así lo confirmaban las voces más lúcidas provenientes de Argentina, que el grueso del proletariado no acompañó la aventura militar.

Esa clase, cuyo enfrentamiento secular con el imperialismo y el capital británico viene desde los años ochenta del siglo XIX, cuando se establecieron los frigoríficos ingleses en Argentina, no necesita que los militares (y sus apoyadores burgueses e izquierdistas) le den lecciones tardías de antimperialismo. Ella vio al ejército defendiendo a esos propietarios del capital y a sus empresas contra las movilizaciones proletarias y populares. Vio también cuando se movilizaba como clase apoyando la nacionalización de los ferrocarriles británicos en marzo de 1948, bajo el primer gobierno peronista, cómo muchos de los actuales políticos "anticolonialistas" de las Malvinas estaban en el bando de enfrente (por ejemplo, en ese entonces, el Partido Comunista Argentino y la tendencia trotskista-

---

42 Guillermo Almeyra, "Para qué prepararse", 25 de enero de 1983, editorial de la revista Divergencia, n. 4. En un sentido similar, Dubat y Lorenzano, op. cit., p. 131, dicen: "El apoyo de los partidos populistas al 2 de abril no se debió, en lo esencial, a una mera capitulación política ante la iniciativa militar, sino a un acuerdo sustancial con la misma, en la perspectiva de un bloque burgués que condujera a Argentina al nivel de potencia regional reconocida". También, Spagnolo y Estesio, en "Las Malvinas: sueños de potencia y resistencia popular", cit., dicen: "Pensar en las Malvinas y justificar la guerra desde el ángulo de los intereses económicos en la zona es hacer, por lo menos, una concesión gratuita al materialismo vulgar. El momento, los actores, las actividades y las vías dan prioridad absoluta al ángulo de lo político [...] El sueño de gran potencia capitalista fue y es parte constitutiva fundamental del discurso del poder en Argentina".

oportunista hoy agrupada en el PST-MAS).

Contra lo que creen esos políticos, cada obrero individual puede no recordar o no haber nacido todavía en aquella época, pero la clase sí tiene memoria colectiva. Ahora, ante la alharaca "anticolonialista" del poder militar y sus cómplices en la guerra, los obreros mostraron primero una actitud de desconfianza y prescindencia —"nada que hagan los militares puede ser bueno"—, sin participar en la euforia generalizada de la pequeña burguesía; después se fueron tornando crecientemente críticos y finalmente, replegados en sus barrios y en las fábricas, manifestaban ya en vísperas de la derrota su odio renovado hacia el poder militar que, al mandar a los trabajadores-soldados a morir inútilmente en las Malvinas, no hacía más que continuar la "guerra sucia" que durante seis años desarrolló contra el proletariado argentino, sus organizaciones, sus militantes y sus conquistas.

Las clases fundamentales de la sociedad moderna —burguesía y proletariado— no determinan sus movimientos y sus pensamientos, como clases, por consideraciones políticas coyunturales o pasajeras. Su pensamiento social se forma pausadamente, en la repetida experiencia del enfrentamiento social al nivel elemental, cotidiano e ininterrumpido de la producción. Pero se forma también sólidamente. No es un pensamiento que oscile (repito: en sus movimientos de fondo como clases) al vaivén de los estados de ánimo transitorios, aunque éstos puedan influir en las manifestaciones superficiales de las diferentes capas y tendencias que componen esas clases.

Esa persistencia del pensamiento de las clases fundamentales, y en especial del proletariado, es particularmente desconcertante —y hasta irritante— para los ideólogos formados en los hábitos de pensamiento y de vida de la clase intermedia, la pequeña burguesía, invariablemente propensos al impresionismo, a la inestabilidad y a la variabilidad que socialmente caracteriza la situación de ese sector social. Esos ideólogos pueden ser marxistas, y aún brillantes marxistas que hayan contribuido con análisis importantes, económicos o políticos, al pensamiento de la izquierda. Pero ninguna lectura de Marx, separada del aprendizaje y la formación del pensamiento y la sensibilidad política en la práctica, la vida cotidiana, las luchas, los modos de pensamiento, de razonamiento y de expresión de la clase obrera, puede dar la capacidad de comprender a la clase misma y a sus movimientos. Eso es lo que, precisamente, puede adquirirse en la vida del partido marxista inserto en su propia clase y aun en la experiencia sindical de masas. Cuando esa capacidad está ausente, esos brillantes ideólogos marxistas son incapaces de guiarse por los intereses concretos de la clase obrera y de comprender sus sentimientos y sus movimientos. Carentes del método adecuado, que no se aprende en la universidad ni en el solo estudio metódico de los libros, se equivocan y resultan tan incapaces de generalizar en este

terreno —porque esa comprensión es también una forma de la generalización— como lo son en el terreno de las ideas generales los autodidactas que no han podido o no han querido adquirir el método científico de estudio y razonamiento. Esos ideólogos, que a falta de comprender al proletariado resolvieron orientarse en la guerra de las Malvinas acudiendo a antiguas citas que comprendieron mal y aplicaron peor, se irritan sobremanera ante reflexiones como éstas y las consideran obreristas y subjetivas. Afortunadamente, no están escritas para convencerlos, sino para extraer para otros la experiencia de este tipo de errores y de sus orígenes. El modelo supremo de este modo de pensamiento es una figura en otros aspectos respetable y destacada de la historia del marxismo: Karl Kautsky.

Evidentemente, si el marxismo existe como teoría de la revolución proletaria no es para seguir lo que el proletariado hace en cada momento, sino para definir y comprender cuáles son sus intereses como clase. Por eso, ante una crisis histórica como fue para Argentina la de las Malvinas, se trata de comprender, desde el punto de vista de la clase obrera, esas dos cuestiones centrales: cuáles son los intereses de la clase y qué hizo ésta frente al conflicto. Y lo que hizo esta vez, pese al apoyo a la guerra de su dirección sindical reconocida, fue también lo que sus intereses históricos indicaban: no apoyar la guerra, replegarse, esperar desde sus lugares de vivienda y de trabajo el desenlace del conflicto en que habían embarcado al país sus opresores. Los trabajadores sin duda, deseaban la derrota del imperialismo británico y festejaban sinceramente y con razón cada golpe recibido por la Royal Navy. Pero educados en la escuela práctica de la lucha de clases, su estado de ánimo era mucho menos propenso al triunfalismo y a la euforia, que el de la pequeña burguesía y consideraban con un acentuado pesimismo de la inteligencia el posible desenlace del conflicto sabiendo, como su memoria histórica se los dice, que no se derrota al imperialismo británico con improvisaciones exaltadas y menos bajo la dirección de los Galtieri, los Menéndez y los Astiz.

Los hechos y las cifras de esos días hablan claramente. A la manifestación del 10 de abril, convocada por la Multipar-tidaria y sostenida por los Montoneros, las direcciones sindicales de lo que hoy son la CGT-Brasil y la CGT-Azopardo, el Partido Comunista, el PST y otras formaciones menores (lo que podemos llamar adecuadamente "la izquierda del 10 de abril")<sup>43</sup> con el apoyo de todo el aparato de propaganda y de transporte de la dictadura, concurren unas cien mil personas, cifra significativa pero limitada si se tiene en cuenta la "unión sagrada" que la convocaba y se la compara con las grandes multitudes reunidas en la época de oro del peronismo o la que se concentraría apenas dos meses después, en junio, contra la guerra y para exigir la paz con motivo de la llegada del Papa.

---

<sup>43</sup> La organización de tendencia trotskista Política Obrera, con el periódico del mismo nombre, que también apoyó la guerra con el argumento de que se trataba de una lucha contra el imperialismo, no llamó a concurrir a esta manifestación.

Pese a que la Junta controló toda la información, ocultó los datos reales sobre el curso del conflicto, inventó victorias argentinas inexistentes, tergiversó y mintió en proporciones increíbles jugando con los sentimientos patrióticos de la población y contando con la cobertura de los políticos burgueses y de la izquierda que llamaban a apoyar la guerra, nunca volvió a reunir una concentración semejante. El 30 de abril la CGT-Brasil llamó a una concentración a la cual acudieron unos pocos millares de personas (algunos dicen tres mil, otros no más de mil), en su mayoría activistas de izquierda que gritaban más contra la Junta que a favor de la guerra. Similar fue la composición y aun más escasa la concurrencia en la concentración realizada el 10 de junio en Plaza de Mayo: mientras los izquierdistas gritaban frente a la Casa de Gobierno, la masa de los trabajadores, desde sus barrios, sus casas y sus fábricas contemplaba con ira y con odio cómo se aproximaba el triste desenlace de la kermesse heroica de los militares argentinos. La medida de ese repudio ya visible a la guerra la terminó de dar, dos días después, la concentración de dos millones de personas de todas las clases sociales que, aprovechando la ocasión de la visita del Papa, se reunieron para gritar al unísono: "¡Queremos la paz!", para gran desconcierto y frustración de los patriotas de todas las tendencias.<sup>44</sup>

Aun las publicaciones y los voceros de los partidos de izquierda que, como el Partido Comunista o el Partido Socialista de los Trabajadores, adoptaron una política más seguidista hacia la aventura militar, no pudieron menos que registrar el desinterés de los obreros hacia esta disputa entre sus explotadores de afuera y sus explotadores y verdugos de adentro. Ni esa prensa, ni con mayor razón la gran prensa cotidiana bajo el control y la censura de la dictadura, informaron en esos días de ninguna movilización obrera importante en favor de la guerra. Casi está de más decir que una serie de asambleas de empresa convocadas por los dirigentes sindicales, diversas recolecciones de firmas en los lugares de trabajo o varios actos izquierdistas en la puerta de fábricas no son una movilización obrera nacional.

Compárense estos magros acontecimientos con las grandes movilizaciones obreras y antimperialistas argentinas de la época inicial del peronismo: la gran oleada de organización de sindicatos de masas entre 1945 y 1946, las huelgas victoriosas, los paros generales, el surgimiento de las comisiones internas y los delegados de fábricas, la hasta entonces nunca vista manifestación obrera y popular (un millón de personas) frente a la estación Retiro, el 10 de marzo de 1948, en apoyo a la nacionalización de los ferrocarriles británicos. Resaltan aún más la incomprensión, la incompetencia y la insensibilidad frente a las masas (reverso de la hipersensibilidad frente a su propio ego personal y de partido) de

---

<sup>44</sup> Uno de los soldados entrevistados después por Daniel Kon, op. cit, p. 42, dice: "Otro momento que nos hizo tener mucha fe, fue el iJe la llegada del Papa a Buenos Aires. Teníamos confianza en que él dijera 'basta' y Gallieri tuviera que declarar el cese del fuego, retirar las tropas". Ése era el espíritu de los combatientes, mientras "la izquierda del 10 de abril" llamaba a los obreros a inscribirse como voluntarios para ir a combatir a las Malvinas.

quienes se empeñaron desde la izquierda en ver o en suscitar el apoyo de los trabajadores argentinos a la aventura malvinense y llegaron a ocurrencias verdaderamente macabras, como la de que era necesaria la aparición de los detenidos-desaparecidos ya que éstos "ocuparían su lugar en la primera fila de la lucha contra el agresor Británico", es decir, podrían ser enviados alegremente a morir a las Malvinas...

Lo que esos políticos izquierdistas no comprenden es esta secuencia irreductible de razonamientos y de hechos: 1] no hay movilización obrera nacional sin organización obrera; 2] no hay organización obrera sin lucha por sus propios e inmediatos intereses de clase; 3] no hay lucha por esos intereses sin chocar frontalmente contra la dictadura de los militares y del capital, cuya esencia consistió ante todo en destruir la organización obrera. Era pues contradictorio y materialmente imposible en Argentina (no en un "país oprimido" en abstracto) una movilización obrera que comenzara por una demanda nacional muy marginal como las Malvinas y no por la recuperación de los derechos democráticos más elementales negados por los militares que lanzaron esa guerra: el derecho de huelga, la libertad de los presos, el retorno de los exiliados, la aparición de los detenidos-desaparecidos, la rendición de cuentas, el libre funcionamiento de sindicatos, comisiones internas y delégate de fábricas.

Esto no lo vieron los izquierdistas, que fueron apresuradamente a consultar sus libros de citas de Lenin, de Mao o de Trotsky en lugar de mirar la realidad y considerar, según aconseja el método marxista, los intereses concretos de la clase obrera y de los oprimidos —que son, en definitiva, los de la nación— frente a este hecho concreto. De esos libros volvieron, casi todos, con la monserga de que "en una guerra entre una nación opresora y una nación oprimida nosotros estamos siempre del lado de la nación oprimida", sin darse cuenta de que aquí no había ninguna guerra entre opresores y oprimidos sino un conflicto entre dos regímenes capitalistas en crisis que estaban y siguieron estando en todo momento estrechamente ligados por sólidos intereses económicos comunes (ambos gobiernos congelaron los depósitos bancarios del otro país, pero la Junta Militar no dejó de pagar ni un día el servicio de la deuda externa ni afectó una sola propiedad británica en Argentina) ; que la dictadura militar no llevaba ni llevaría a cabo jamás de los jamases una guerra nacional; y que la disputa por los peñascos inútiles de las Malvinas era sólo una pequeña aventura sin gloria y sin honor, una gigantesca mentira más de un régimen ilegítimo, enemigo de la nación y de los trabajadores, cuya característica específica es la ocultación, la farsa y la mentira en la economía, la política, la cultura, la moral, la sociedad y la guerra.

La clase obrera no consultó los libros. Su experiencia y su conciencia de clase le dijeron que en ningún

caso y bajo ningún pretexto apoyaría una empresa de la dictadura. Eso le permitió ver o entrever en la aventura de las Malvinas no la guerra nacional que no era, sino una monstruosa mentira antinacional dirigida ante todo y sobre todo a recomponer el frente de la burguesía y de su Estado contra los trabajadores argentinos y sus crecientes intentos de reorganización desde abajo.

Esta actitud consciente de los trabajadores en cuanto clase (opuesta a la que tomaron frente a las medidas reales de nacionalización de las empresas británicas por el peronismo inicial) tiene una importancia incalculable para el futuro del país y de la clase obrera misma. Si ellos hubieran seguido el camino al cual los llamaban los apoyadores burgueses e izquierdistas de la guerra y se hubieran movilizado a favor de ésta con entusiasmo y confianza, el golpe recibido habría sido terrible. La derrota de los militares habría sido también su derrota. No fue así.

Como la clase obrera preservó su independencia de criterio y su juicio crítico, negándose a seguir la euforia de la pequeña burguesía y la propaganda mentirosa de la Junta, ello le concede ahora un punto de partida mucho más firme y seguro para su reorganización [sindical] y política independiente, que es el pivote central de la reorganización democrática del país en esta crisis de su historia.

## 6. DE LA REPRESIÓN A LA GUERRA

La guerra de las Malvinas, tanto en la ideología de los militares como en sus declaraciones explícitas, era la continuación de la "guerra contra la subversión" o "guerra sucia" iniciada ya bajo el gobierno de Isabel Perón e implantada oficialmente a partir del golpe del 24 de marzo de 1976. Esa concepción es parte de la ideología de la "Argentina potencia", común a todas las fracciones de la burguesía, y en nombre de ella los militares alimentaron el conflicto con Chile en el Beagle, el envío de asesores antiguerrilleros a las dictaduras centroamericanas y el apoyo logístico, humano y financiero al golpe militar de García Meza en Bolivia en 1980.

Esa represión, que llegó a ser utilizada más de una vez para dirimir conflictos interburgueses o turbios conflictos de negocios entre los militares y sus socios, estuvo dirigida principalmente contra la clase obrera y su organización. Las principales operaciones militares y represivas contra los movimientos guerrilleros, con abundante uso del asesinato y la tortura, ya habían sido realizadas a partir de 1973.<sup>45</sup> En vísperas del golpe militar, a comienzos de 1976, esas organizaciones estaban prácticamente desmanteladas: como muchos observadores imparciales sostienen, planteaban al Estado un problema

---

<sup>45</sup> Véase, entre otros, el volumen *La represión en Argentina, 1973-1974. Documentos*, elaborado por la Latin American Studies Association, edición de la Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1978.

estrictamente policial, no militar. Pero es entonces cuando las Fuerzas Armadas ejecutan su golpe de Estado e implantan su dictadura, cuyo objetivo es la reestructuración violenta de la economía del país. Para eso necesitan la supresión de todas las garantías constitucionales, las instituciones democráticas o cualquier otro medio de control jurídico (incluido el poder judicial) sobre sus actos, y la represión sistemática y organizada destinada a destruir la organización de la clase obrera, que impide o resiste dicha reestructuración de la economía.<sup>46</sup>

Desde entonces, aunque el régimen militar siguió hablando de; la guerra contra los "subversivos" y continuó desapareciendo, torturando y asesinando a militantes de izquierda (u obligándolos a refugiarse en el exilio), el fuego de la represión se concentró en especial sobre los activistas obreros o sobre simples militantes de fábricas combativos. En esto contó con la complicidad, la delación y hasta el pedido directo de la patronal, contenta de deshacerse de "elementos molestos" en MIS empresas.<sup>47</sup> Esto explica la altísima proporción de obreros en las listas comprobadas de "detenidos-desaparecidos", pese a que la mayoría de los militantes de las organizaciones guerrilleras no se reclutaban entre ellos sino entre la pequeña burguesía.

---

46 Véase el estudio jurídico del doctor Emilio F. Mignone, director del Centro de Estudios Legales y Sociales (CELS), con sede en Buenos Aires, Argentina, titulado El caso argentino: desapariciones forzadas como instrumento básico y generalizado de una política, ante el coloquio "La política de desapariciones forzadas de personas", París, 31 de enero-lo. de febrero de 1981, y fue impreso en México por la Comisión Argentina de Solidaridad (CAS).

Dicho documento enmarca así la represión, de la Junta:

"El análisis de la acción represiva desarrollada por las Fuerzas Armadas argentinas desde 1974 y de manera particular a partir del 24 de marzo de 1976 (fecha del golpe de Estado militar contra el régimen constitucional), permite advertir la existencia de dos niveles de normatividad. [...].

"El primer plano de normatividad, de carácter excepcional y a partir del 24 de marzo de 1976 emanado de un poder absoluto, colocado por encima de la Constitución Nacional y de los principios jurídicos universalmente reconocidos, nunca fue utilizado regularmente y en su plenitud. Aparece como una especie de reaseguro la amenaza latente, pero no operativa.

"En cambio las medidas de carácter secreto, que configuran el segundo plano de normatividad —que más adelante denominaremos doctrina del paralelismo global—, fueron aplicadas sin restricciones desde la fecha indicada y caracterizan el tipo de represión política adoptada por las Fuerzas Armadas argentinas.

"Dentro de esta doctrina represiva, la detención seguida de la desaparición de personas consideradas sospechosas, disidentes o ideológicamente peligrosas, con la negativa de la participación oficial en el hecho, constituye su principal instrumento."

El documento analiza minuciosamente cómo operan y se intercomunican ambos niveles paralelos, bajo un mando único y estrictamente controlados, con normas, órdenes y registros escritos de cada operación, por los altos mandos de las Fuerzas Armadas.

47 Emilio F. Mignone, doc. cit., p. 15, dice: "La aceptación de un Msleraa represivo paralelo y de máxima eficacia contó con el apoyo de ciertos círculos del poder económico por considerarlo el único medio idóneo para imponer, sin riesgos inmediatos, la política económica inaugurada el 24 de marzo de 1976. Fue frecuente, especialmente en el Gran Buenos Aires, Córdoba, Tucumán y Salta, que empresarios industriales, a pedido de los servicios de inteligencia o espontáneamente, denunciaron a los activistas sindicales combativos de sus establecimientos. Éstos eran detenidos para inmediatamente desaparecer". Y agrega a continuación, en nota al pie: "Uno de los reductores de este trabajo tiene el recuerdo imborrable de una conversación escuchada en una reunión con empresarios en los primeros días de abril de 1976, durante la cual un general en retiro, presidente de una gran empresa privada, explicaba que los 27 activistas—en ese momento desaparecidos— ya no molestarían más pues se encontraban a buen resguardo, bajo tierra..."



En enero de 1983, el cardenal brasileño Evaristo Arns entregó al Papa un informe con los nombres de 7261 personas desaparecidas en la Argentina desde 1976 hasta 1982.<sup>48</sup> No son las cifras totales de "desaparecidos" —es decir, de personas detenidas por los cuerpos de seguridad y llevadas con vida a los lugares secretos de detención, de los cuales no regresaron nunca—, que organizaciones defensoras de los derechos humanos hacen ascender a unos treinta mil. Son los casos estrictamente comprobados y documentados como resultado de dos años y medio de investigaciones hechas por el Comité de Defensa de los Derechos Humanos del Cono Sur. El 46% de las personas incluidas en este informe desapareció en 1976. Del total, casi la mitad (48.6%) eran obreros; 23% eran estudiantes y 20.3% eran profesionistas. Las estimaciones del Secretariado de Paz y Justicia dirigido por Adolfo Pérez Esquivel son sensiblemente similares.

Como todos los testimonios, sin excepción, lo confirman, la represión está dirigida centralizadamente por los altos mandos de las Fuerzas Armadas.<sup>49</sup> Allanamientos, detenciones por comandos vestidos de civil (los supuestos "paramilitares"), campos de concentración, centros de tortura, fusilamientos, inhumación de cadáveres en fosas comunes o lanzamiento de los presos, vivos o muertos, desde aviones al mar: todo está controlado, registrado y organizado minuciosamente. Los métodos utilizados en la tortura y en los campos de concentración<sup>50</sup> están estudiados científicamente y asesorados por militares extranjeros, especialmente oficiales franceses veteranos de la guerra de Argelia.<sup>51</sup> Más que a

---

48 Clarín, 18 de enero de 1983. Al entregar el documento, el cardenal declaró: "Hacer desaparecer personas mientras están arrestadas y por lo tanto indefensas, es una de las acciones más viles de la historia".

49 El general de división Santiago Omar Riveros, uno de los jefes de la represión, dijo en Washington DC, en su discurso de despedida ante la Junta Interamericana de Defensa, el 12 de febrero de 1980: "Hicimos la guerra con la doctrina en la mano, con las órdenes escritas de los Comandos Superiores; nunca necesitamos, como se nos acusa, de organismos paramilitares [...] Esta guerra la condujeron los generales, los almirantes y los brigadieres de cada fuerza [...] La guerra fue conducida por la Junta Militar de mi país, a través de los Estados Mayores" (La Prensa, Buenos Aires, 28 de febrero de 1980). El general de división Leopoldo F. Galtieri declaró, cuando era Comandante en Jefe del Ejército: "Es una página de la historia [la lucha antisubversiva] que para alcanzar el premio de la gloria debió franquear zonas de lodo y oscuridad" (Clarín, 30 de mayo de 1980). Y semanas después: "Desde el sitio del vencedor hoy volvemos a hacer oír nuestra voz y nuestro pensamiento en respuesta a aquellos que desde la posición del vencido innoble pretenden constituirse en fiscales acusadores [...] no podemos explicar lo inexplicable, no podemos dar razón de lo irracional, no podemos justificar lo absurdo" (Clarín, 23 de junio de 1980). No imaginaba entonces su destino en las Malvinas... El teniente general Jorge Rafael Videla en persona, cuando todavía era presidente de la República, dijo a un diario británico: "No reconocemos culpas bajo ninguna circunstancia, porque si hubo necesidad de matar, nunca fue por matar en sí, sino porque uno tenía necesidad de matar para defender ciertos valores" (The Times, Londres, 2 de junio de 1980).

50 Tal vez el testimonio más conocido, pero no el más impresionante, sea el relato terrible de Jacobo Timmerman, Celda sin número, prisionero sin nombre, traducido a varios idiomas. Existen testimonios\* de sobrevivientes de las salas de tortura y campos de concentración verdaderamente alucinantes. Véase, por ejemplo, el testimonio de Graciela Geuna sobre el Campo Militar de Detenidos-Desaparecidos "La Perla", en la provincia de Córdoba, quien relata el infierno de humillaciones, vejaciones, torturas y fusilamientos cotidianos que era ese campo de exterminio, mientras ella estuvo prisionera. (Editado en México por la Comisión Argentina de Solidaridad.)

51 El general de brigada Ramón J. A. Camps, jefe de Policía de la provincia de Buenos Aires entre 1976 y 1979 y uno de los principales dirigentes de la represión, dio a conocer información valiosa en La Prensa, Buenos Aires, 4 de enero de 1981. Dice allí: "En 1957 se iniciaron en el Ejército Argentino los estudios sobre 'guerra revolucionaria comunista' en forma

destruir las organizaciones existentes, ya desmanteladas o paralizadas, esos métodos están dirigidos a sembrar el terror en el conjunto de la población, a paralizar de antemano por el miedo todo intento de organización.<sup>52</sup> Una represión con moderna tecnología capitalista, no al estilo de Somoza en Nicaragua sino según el modelo del nazismo en Alemania, se establece como un manto de plomo sobre el país. Los altos mandos de las Fuerzas Armadas instituyen un "pacto de sangre", por el cual todos los oficiales tienen que participar directamente, de un modo u otro, en este tipo de represión, para que nadie pueda erigirse mañana en acusador desde adentro. Los que no aceptan son dados de baja, los que se resisten llegan a correr la suerte de los prisioneros. Los Ford Falcon, automóviles preferidos de los comandos, y las bandas de hombres armados en ropas civiles evolucionan impunemente por las calles argentinas y realizan secuestros nocturnos o a plena luz del día ante los ojos de los paseantes, obligados a no ver, no oír y no hablar para no correr la misma suerte. El país calla, los militares creen que su poder y su impunidad durará eternamente,<sup>53</sup> pero un odio, un odio infinito y silencioso a esos militares se va acumulando por capas en el alma de los argentinos humillados, ofendidos, perseguidos y saqueados.

El gobierno niega todo conocimiento de esos hechos o dice que se trata de bandas fuera de su control, particularmente bajo la presidencia del general Videla. El Partido Comunista apoya al general Videla para evitar "que se imponga el ala fascista". Los políticos burgueses dialogan en secreto con los militares, silencian lo que está ocurriendo o lo apoyan. Las organizaciones de izquierda no guerrilleras están disueltas o paralizadas por el peso de la represión, muchos de sus militantes asesinados o exiliados, otros obligados a la clandestinidad más estricta. Las voces del exilio apenas si se oyen adentro.

Una voz menuda sale a cuestionar este delirio, esta locura represiva: son las madres de los desaparecidos, que primero por unidades, luego por decenas, comienzan a darse cita cada jueves en

---

organizada [...] Para ello se contó con el asesoramiento de dos jefes del ejército francés, los tenientes coroneles Patricio J. L. de Maurois y François Fierre Badie [...] Todos ellos [los oficiales argentinos] trabajaron basándose en la doctrina francesa, aplicada en Indochina y en aplicación en ese momento en Argelia... Esa forma de actuar fue mantenida en general hasta el año 1975, para ser más preciso hasta el momento en que se inició el operativo Independencia y su ampliación conocida como 'el pasaje a la ofensiva', que respondió a una resolución adoptada en septiembre de ese mismo año por el comandante en jefe del Ejército [Videla] y que pudo tener plena vigencia a partir del 24 de marzo de 1976. Allí se inició la fase final de la derrota de la subversión armada en la República Argentina [...] En la Argentina recibimos primero la influencia francesa y luego la norteamericana, aplicando cada una por separado y luego juntas, tomando conceptos de ambas [...]" (citado en Emilio F. Mignone, *doc. cit.*, pp. 9-10).

52 Véase Guillermo O'Donnell, *art. cit.*, para una buena descripción de este mecanismo.

53 Tanto el testimonio de Timmerman, como el de Geuna, como otros, coinciden en describir el discurso delirante de los carceleros y torturadores sobre su propio poder: "aquí nosotros somos Dios", repiten. "Los nazis perdieron, nosotros no seremos derrotados". A los presos los llaman "los muertos que caminan", para marcar que desde que han sido "chupados" —denominación que también daban a los desaparecidos— pueden darse por muertos aunque aún estén con vida.

Plaza de Mayo para desfilan en silencio, con pañuelos blancos en las cabezas, preguntando al poder que está allí enfrente, en la Casa de Gobierno, qué ha hecho con sus hijos y sus nietos (porque la dictadura también secuestra a los hijos pequeños de los "subversivos" o a los que nacen en los campos de concentración y los entrega a familias "bien" que los criarán, separados e ignorantes de quienes fueron sus padres y abuelos, como ciudadanos "patriotas"). Como desafían solitarias la locura del poder, ellas mismas son llamadas "locas". Reprimidas, regresan cada jueves siguiente. Algunas non a su vez apresadas y "desaparecidas"; una de ellas es secuestrada en Lima, Perú, y su cadáver aparece en Madrid. Otras más siguen sumándose y el apoyo que reciben en otros países hace oír esa voz en todo el mundo. Poco antes de las Malvinas, un hecho nuevo se produce: una delegación de sindicalistas electricistas se suma un jueves a desfilan con las Madres de Plaza de Mayo, pidiendo cuentas de su dirigente Óscar Smith, desaparecido en 1977. Las Madres de Plaza de Mayo, las mismas de siempre, se han vuelto un peligro para las Fuerzas Armadas argentinas. De amenazas como ésa y como otras que ya hemos descrito, tratarán de escapar los militares hacia su heroica empresa en las Malvinas.

Al igual que el grueso de la clase obrera, las Madres de Plaza de Mayo tampoco creyeron en esa guerra. Y como su organización informal había podido resistir la represión y el aislamiento de los años pasados —cuando eran las "locas de Plaza de Mayo"—, ellas pudieron tener el instrumento, la comprensión, la decisión y el coraje para oponerse públicamente a la aventura militar. Pese a las presiones patrióticas de la primera hora, las Madres decidieron en abril de 1982 continuar su desfile de todos los jueves, ahora con esta consigna: "Las Malvinas son argentinas, los desaparecidos también". Volvieron a sufrir aislamiento de los amigos y amenazas de los enemigos. Pero en esa hora, la más oscura del país, ellas representaron en Buenos Aires la dignidad, el coraje, la inteligencia crítica y la resistencia de los argentinos [rente a la dictadura militar y a sus apoyos internos y externos.<sup>54</sup> Cuando la aventura terminó

---

54 En un artículo titulado "Los traidores a la patria", Unomásuno, México, 21 de junio de 1982, hice una rápida lista, seguramente incompleta, de quienes como las Madres de Plaza de Mayo se opusieron a la guerra de las Malvinas o no la apoyaron: Adolfo Pérez Esquivel, premio Nobel de la Paz 1980, y su Servicio de Paz y Justicia, que han colaborado con las Madres; los trotskistas de la organización Nuevo Curso; el Partido Revolucionario de los Trabajadores de Argentina, en un documento difundido en México; la organización Comunista Poder Obrero; y la Confederación Socialista Argentina desde una posición pacifista.

En el exilio, fuera del alcance de la propaganda mentirosa y atronadora de la Junta y de su poder de represión, fueron muchos los argentinos que se pronunciaron contra la guerra: escritores como Julio Cortázar, Osvalda Soriano y Osvaldo Bayer, cientos de exiliados que firmaron una declaración publicada el 7 de mayo de 1982 en *Le Monde*, París, la Mesa de Izquierda Argentina y el Movimiento contra la Guerra en el Atlántico Sur en Madrid, la Comisión Argentina de Solidaridad (CAS) y el grupo de Trabajadores y Sindicalistas Argentinos en el Exilio (TYSAE) en México, y muchos otros exiliados que en artículos, cartas a la prensa o intervenciones en asambleas mantuvieron su oposición a la Junta y a la guerra. A esta enumeración incompleta, debo agregar una declaración firmada por casi una veintena de marxistas de origen argentino en el exilio (entre ellos, el autor de estas líneas) que el 20 de mayo se pronunciaron colectivamente en París contra la aventura de la dictadura y, para ser consecuentes, pidieron el retiro unilateral e inmediato de las tropas argentinas de las Malvinas, para evitar una matanza inútil y una victoria militar aplastante del imperialismo británico en las islas. Esta elemental medida

en desastre, y la corriente cambió de sentido, la voz de las Madres de Plaza de Mayo se fue volviendo clamor del país. En pocas semanas, pese a los esfuerzos de los militares y a la complicidad de los políticos que querían dar el caso por cerrado, la cuestión de los detenidos-desaparecidos, el ejemplo más nítido de la monstruosidad delirante de una represión que no tuvo límites ni leyes, 'se convirtió en la primera cuestión nacional, en la línea divisoria entre quienes quieren preservar, encubierto o no, el poder militar, y quienes quieren restablecer la democracia y los derechos de los argentinos.<sup>55</sup> El 7 de

---

táctica, que incluso un militar sensato y favorable a la guerra podía y debía haber propuesto, fue una especie de piedra del escándalo para los izquierdistas que apoyaban la guerra de Galtieri. Los hechos no tardaron en hablar. La declaración, titulada "Frente a la guerra de las Malvinas: ¡Fuera de Argentina el imperialismo británico! ¡Abajo la dictadura militar! ¡Paz, pan y trabajo!", aparece en la revista *Divergencia*, París, n. 2, julio de 1982.

55 A principios de octubre de 1982, el ministro del Interior, general Llamil Reston, declaró que, sobre los desaparecidos, "no deben esperarse milagros" y que "nadie puede, razonablemente, esperar ni pretender que el gobierno dé una solución que la lógica y el sentido común indican como inexistente". Dijo que "en la Argentina no existen cárceles clandestinas" y advirtió, amenazadoramente, que "la institucionalización no podrá ser lograda a costa de sacrificar la paz, seguridad y orden establecido". Las Madres de Plaza de Mayo lo desmintieron al día siguiente y dijeron que en las Malvinas "perdieron miserablemente la vida o sufrieron daños físicos y psíquicos irreparables miles de jóvenes argentinos, mientras las autoridades proclamaban triunfos inexistentes". El ministro replicó que eran "unas mal educadas" (*Clarín*, edición semanal, 27 de septiembre-3 de octubre de 1982).

En octubre empiezan a aparecer cementerios clandestinos con cientos de cadáveres no identificados. El 11 de noviembre el cardenal Aramburu, uno de los más altos prelados de la Iglesia Católica argentina, declara en Roma que "en Argentina no hay fosas comunes y a cada cadáver le corresponde un ataúd. Todo se registró regularmente en los correspondientes libros. ¿Desaparecidos? No hay que confundir las cosas. Usted sabe que hay desaparecidos que hoy viven tranquilamente en Europa" (*Clarín*, edición semanal, n. 413, 8-14 de noviembre de 1982). Poco después, el ex-presidente Frondia declara en La Plata, Buenos Aires: "Cuando un grupo terrorista puso la bomba que le arrancó un brazo a un alto jefe de la policía, se mandó sacar a cuarenta presos políticos de la cárcel, se los llevó a un lugar cercano a Pilar, se los ametralló y luego se puso una bomba para que no quedase nada de los cuerpos". Agregó que esta situación se repitió otras veces: "Así se hizo y cayeron miles de muchachos. Algunos eran terroristas y otros, estoy seguro, no lo eran" (*Clarín*, edición semanal, n. 414, 15-21 de noviembre de 1982).

En *La Prensa*, 17 de octubre de 1982, el comentarista J. Iglesias Rouco, bien informado sobre lo que ocurre en el gobierno, hace saber que "muchos jefes castrenses desearían además echar las bases de un entendimiento, tácito o expreso, por el cual se ponga fin, con la colaboración de los partidos, a todo debate sobre los desaparecidos y se asegure la continuidad de los jueces actuales". Ésa será una de las bases de la propuesta de "concertación", que incluye también la cuestión Malvinas, la deuda externa y la investigación de negociados, que la Junta Militar propuso a los dirigentes políticos el 11 de noviembre de 1982 y que éstos terminaron por rechazar (*Clarín*, 12 y 16 de noviembre de 1982). El mismo J. Iglesias Rouco (*La Prensa*, 21 de noviembre de 1982) dice que la posición de la Iglesia sobre la "concertación" es la siguiente: "Los jefes militares del Proceso deben asumir, en forma muy clara y formal, las responsabilidades, y al mismo tiempo informar sobre lo realmente ocurrido. A su vez, los partidos tienen que comprometerse a no utilizar el asunto como herramienta política ni en sus campañas ni en el Congreso. Dicho de otro modo: la Iglesia se opone tanto al 'Nuremberg\*' como al vacío jurídico y moral". La Junta da rodeos y anuncia que está preparando un documento para informar al país sobre la cuestión de los desaparecidos. Pero su preparación es larga, seguramente porque los militares no se ponen de acuerdo en qué decir. El 27 de enero de 1982 el general Ramón Camps, ex-jefe de la policía de la provincia de Buenos Aires entre 1976 y 1979, ya mencionado como uno de los principales jefes y teóricos de la represión, sale a cortar el nudo gordiano y a dar seguridad a sus subordinados. En declaraciones a *El Pueblo*, de Madrid, dice: "Asumo toda la responsabilidad y la de los 30 mil hombres que conduje a la lucha. El gobierno debe manifestarse orgulloso y asumir públicamente la responsabilidad de todos sus actos [...] "No quedan desaparecidos con vida y no hay esos campos de concentración de que tanto se habla". Después de reconocer que la cifra de "subversivos muertos" puede llegar a ocho mil afirma: "Todo el que actuaba contra la subversión lo hacía siempre bajo las órdenes de las máximas autoridades castrenses, aunque en muchos casos había que actuar de civil [...] Se pueden emplear técnicas para detener a los subversivos iguales a las que ellos utilizan. Teníamos que ocultarnos vestidos de civil y si se acudía de uniforme la misión era inútil [...] Si de algo soy culpable es de no haber logrado también una victoria política, pero la lucha no ha terminado ni mi papel tampoco" (*Clarín*, 28 de enero de 1983).

octubre, el muy moderado periódico Clarín, en una columna titulada "Los desaparecidos: el dilema nacional", constataba que "el gobierno transita en estas horas un camino de idas y vueltas sobre la cuestión que más duele a los militares y que, casi inesperadamente para ellos, se ha convertido en el eje político de la Argentina de hoy".

La suerte de los desaparecidos es el tema central de la triple rendición de cuentas que el país entero exige a los militares: por la represión, por el desastre económico, por la guerra de las Malvinas.

## 7. LAS MALVINAS Y LA CUESTIÓN NACIONAL

Después de examinar la génesis y las motivaciones de la malhadada aventura de las Malvinas, resulta evidente que sólo una ilusión doctrinaria, desligada de la realidad del poder y de la lucha de clases en la sociedad argentina, podía llevar a tantos izquierdistas a creer que, tratando de movilizar a favor de la guerra a masas que no querían ni podían movilizarse, iban a convertir en una lucha antiimperialista lo que era, desde todo punto de vista, una guerra reaccionaria del capital.

¿Quiere decir esto que no hay cuestión nacional en Argentina? No: quiere decir simplemente que la cuestión nacional, la lucha contra la alianza y la interpenetración entre el capital nacional y el capital imperialista que dominan al país, no pasa en absoluto por la cuestión secundaria y marginal de la soberanía sobre las Malvinas.

Argentina es un país capitalista de desarrollo industrial intermedio. Por su inserción específica en la división mundial del trabajo como exportador (primordialmente) de materias primas y por su nivel de productividad del trabajo, está subordinado a las economías y al capital de los países capitalistas centrales, cuyas empresas transnacionales están sólidamente implantadas en la economía argentina en asociación con el capital nacional. Al mismo tiempo, el Estado de la burguesía argentina no sólo es políticamente independiente y está libre de cualquier tipo o grado de condicionamiento colonial o

---

Las Madres de Plaza de Mayo replicaron, al día siguiente, que el general Camps debía responder ante la justicia como un criminal de guerra nazi y Emilio Mignone, del CELS, dijo que "lo dicho por Camps confirma que la responsabilidad de las torturas, asesinatos y desapariciones es de los comandos militares y las instituciones como tales". Un tono muy diferente tuvieron las respuestas de dirigentes de los partidos mayoritarios. J. C. Pugliese, radical, dijo que "son las fuerzas armadas, como institución, las que deberían dar una explicación, porque un país que los acompañó en la lucha contra la subversión merece una explicación", Ítalo Luder, peronista, pidió también un informe oficial y dijo que "no se trata de esclarecer si han sido muertos o no, sino cómo han sido muertos, en que circunstancias y de qué manera". Finalmente Emilio Hardoy, dirigente del pequeño Partido del Centro Republicano dijo que las declaraciones de Camps "se aproximan bastante a la realidad de lo que ocurrió". Es deplorable, agregó, "pero hay también que admitir que hay ahora bastante hipocresía en la reacción que se ofrece al público, porque hubo una gran tolerancia implícita por parte de la sociedad entera y me parece que las culpas de lo que se hizo fueron compartidas". (Clarín, 29 de enero de 1983).

semicolonial. sino que goza de relativa autonomía —dentro de los marcos de su integración en las relaciones de producción capitalistas a nivel mundial— en sus alianzas con las potencias imperialistas. Su nutrido comercio con la URSS y su desacato al boicot cerealero de Estados Unidos es uno de los ejemplos. Pero si bien esta situación alimenta los sueños de potencia regional comunes a todas las fracciones de la burguesía argentina, expresados en la ideología de la "Argentina potencia" y en la práctica de las disputas con la burguesía brasileña por las "zonas de influencia" en Bolivia, Paraguay, Uruguay y aun Perú, nada autoriza a ubicar a Argentina entre los países imperialistas o capitalistas avanzados. El indicador básico de toda economía nacional, la productividad del trabajo, reflejado entre otras medidas en el volumen del producto interno bruto por habitante, bastaría para medir el abismo insalvable —y pese a todo creciente— entre Argentina (y países en grado similar de desarrollo, como Brasil o México) y los grandes países centrales imperialistas exportadores de capital y beneficiarios de los flujos de transferencia de valor a nivel mundial en particular de enormes rentas tecnológicas.<sup>56</sup>

En el bloque de poder establecido en el comando del Estado argentino a partir de 1976, capital financiero nacional y capital extranjero aparecen estrechamente asociados para reestructurar la economía y el mismo Estado y actualizar esa inserción en la división mundial del trabajo. La guerra de las Malvinas, en su objetivo de superar una crisis específica de ese Estado en ese proceso de reestructuración, no iba contra esa política: según la fórmula clásica, era su confirmación y su continuación por otros medios. Ésa es la base "racional" de la ilusión de los militares argentinos de que podrían contar con la benevolencia de Estados Unidos y la razón de su desconcierto cuando esto no se verificó.

En esos marcos, para la clase obrera argentina la lucha contra el imperialismo, que ciertamente subordina al país, no puede encerrarse en los límites que impone la alianza con cualquiera de las fracciones del capital nacional. Ese tipo de alianza llevó a la derrota histórica de 1976. La lucha contra el capital imperialista es inseparable de la lucha contra el capital nacional, no como etapas sucesivas sino como una sola y misma lucha, ya que en Argentina la fracción dominante de este capital se presenta asociada y entrelazada con el capital imperialista y con sus intereses. Por eso la operación Malvinas no encerraba ningún conflicto contra el capital extranjero o contra la dominación imperialista, sino una búsqueda de legitimación de la dictadura militar que representa ese entrelazamiento. Ni crítica ni limitadamente ni bajo ninguna condición convenía a los intereses de la clase obrera ni a los intereses nacionales dar apoyo a esa operación.

---

<sup>56</sup> Cf. al respecto Ernest Mandel, *El capitalismo tardío*, cap. m, "Las respuestas principales de ganancias extraordinarias en el capitalismo moderno", ed. Era, México, 1973, pp. 75-105.

En cuanto constitución de un Estado nacional, políticamente independiente y autónomo, la cuestión nacional está prácticamente resuelta en Argentina desde hace mucho; en cuanto liquidación de la dominación del capital imperialista sobre la economía del país, no. Pero como esta dominación se presenta inseparablemente entrelazada con la fracción dominante del capital nacional y con su Estado, la cuestión nacional se convierte, mucho más inmediatamente que en otros países de menor nivel de desarrollo económico y de integración estatal-nacional (los casos de la Cuba de Batista o de la Nicaragua de Somoza serían ejemplos de este tipo), en una cuestión anticapitalista y sus protagonistas son, en consecuencia, la clase obrera y los asalariados en su lucha contra el capital.

Esto, sin embargo, no significa que aparezca así en la conciencia de la clase trabajadora. En ésta influyen tanto las antiguas tradiciones de lucha contra el capital imperialista (particularmente el británico, pese a que desde la segunda guerra mundial, cuando menos, el estadounidense lo sobrepasa ampliamente en importancia), como la ideología nacionalista que es común a todas las clases de la sociedad burguesa, aunque cada una pueda adjudicarle contenidos parcialmente diferentes. Los marxistas están obligados a tener en cuenta esa ideología nacional de la clase obrera, no para seguirla o para justificar alianzas subordinadas con una fracción del capital (un caso típico de estas alianzas es la ideología del Partido Comunista Francés y su bloque de clases contra "el puñado de monopolistas"), sino para utilizarla como un medio de organización de la lucha contra el capital en su conjunto.

Es inútil hablar aquí de "internacionalismo proletario", expresión que, salvo prueba en contrario, no aparece en Marx. Con ella en los labios, pero en realidad siguiendo su propia política de Estado, la dirección del Partido Comunista de Cuba sembró la confusión dando su apoyo a la Junta argentina en la guerra de las Malvinas.<sup>57</sup> De lo que se trata es de comprender por qué la clase obrera argentina se aferra a esa ideología nacional y en especial a una de sus formas políticas burguesas, el peronismo.

La clase obrera, aún más que su antagonista social la burguesía, es una clase contemporánea de la

---

<sup>57</sup> En "La izquierda del 10 de abril", Unomásuno, 20 de junio de 1982, el autor de este trabajo escribía: "Esta política recibió el apoyo de Fidel Castro, lo cual no impresiona demasiado a los obreros argentinos, que tienen su propio criterio de clase, pero influye ciertamente a nivel latinoamericano [...] Fidel Castro en persona ofreció enviar combatientes y armamentos cubanos al gobierno argentino para combatir a los ingleses. Yo no sé si en los cálculos de Fidel Castro entraba el hecho de que esos combatientes, de ser aceptados, iban a estar bajo las órdenes de torturadores del tipo del capitán Astiz y de jefes militares tan ineptos como Galtieri o Menéndez, y eventualmente al lado de los kaibiles que la dictadura guatemalteca también ofreció a la Junta argentina. Tampoco sé por qué, con la experiencia militar y social adquirida en sus largos años de lucha antimperialista y socialista, Fidel Castro no explicó a los trabajadores argentinos que esa guerra era una empresa insensata, destinada a la derrota segura, cuyo costo en vidas y en dinero sería pagado por esos mismos trabajadores. Sé en cambio que su oferta, su posición y su actitud frente a Costa Méndez favoreció los fines de la Junta y perjudicó los intereses de la clase obrera argentina. Sé, además, que cuando la dirección cubana se equivoca en público en problemas tan cruciales para la vida de un país y de sus trabajadores, los revolucionarios de ese país deben decirlo también públicamente, para bien mismo de esa dirección y de Cuba, porque ellos se deben a su clase y no a la conservación de buenas relaciones diplomáticas con quien sea".

época de constitución de las naciones. Ella se constituye como clase en los marcos del Estado nacional y organiza su interés, primordialmente, en el mercado nacional, allí donde va conquistando sus niveles históricos de vida y de salario. Cuando se desarrolla inicialmente como proletariado colonial (y no es el caso en la mayoría de los países de América Latina, políticamente independientes desde las décadas de 1810 y 1820, cuando aún no existía en ellos una clase obrera propiamente dicha), busca naturalmente la independencia nacional como garantía de sus propias conquistas frente al capital dominante en las colonias, el capital imperialista y coincide en esa lucha con la incipiente burguesía nacional. Cuando se organiza en un país políticamente independiente pero subordinado a la dominación económica de los grandes países imperialistas, combina desde un principio su lucha contra el capital extranjero y contra el capital nacional: es la historia de la clase obrera argentina desde fines del siglo XIX, época en que organizó ya grandes sindicatos anarquistas y socialistas y un partido de clase, el Partido Socialista de entonces.

Ciertamente, la clase obrera, como fuerza de trabajo y como cooperador colectivo en la gran industria, es la única clase de la sociedad moderna con intereses comunes por encima de las fronteras, la única clase universal. Pero ella se encarna en formaciones nacionales, que a través de los sindicatos disputan el precio de su fuerza de trabajo, como vendedores en el mercado nacional. Esta situación específica es un elemento de separación con la clase obrera de otros países, así como su situación de explotados y su enfrentamiento común contra el capital son elementos de unión. Pero su existencia cotidiana y su organización dentro del mercado nacional, inseparable de la constitución del proletariado como clase, permite que éste reciba e integre plenamente la ideología nacional dominante, aun reciclándola para su propio uso. Hereda, recibe y da forma propia, de clase, a la psicología nacional, la cultura, la lengua, los llamados "rasgos nacionales" que, junto con las tradiciones y la historia propias de cada clase obrera, van constituyendo sus características propias, perfectamente identificables y diferenciables. Y en esa herencia vienen tanto las tradiciones de lucha, de solidaridad y de organización como los prejuicios. Todo ello va constituyendo su identidad de clase, que tiene un aspecto universal común a todos los asalariados del capital, pero formas específicamente nacionales. Es tan imposible pretender organizar a la clase obrera pasando por encima de esas formas (que pueden tomar incluso el carácter de una fusión de inmigrantes de orígenes diferentes, como en la formación del proletariado norteamericano, y en parte del argentino), como querer organizar a los campesinos ignorando sus características y sus costumbres regionales.

Al mismo tiempo, la nación y la conciencia nacional unen a la clase obrera con su burguesía y permiten



subordinarla a la ideología de ésta, dueña y organizadora del Estado nacional y de su mercado. Si la clase obrera comparte, en cuanto vendedora de su fuerza de trabajo, la preocupación por defender ese mercado, su pensamiento social, en cuanto clase que vive en la cooperación del trabajo colectivo en la gran industria, va también más allá del mercado y le permite aspirar, cuando comprende su ser y su situación en la sociedad, a una reorganización de esa sociedad basada en la cooperación y en el trabajo y no en el mercado (cosa imposible para la burguesía, incapaz de concebir al mundo y las relaciones sociales fuera del mercado y de las relaciones mercantiles —todo lo trasfiguradas que se quiera— porque es allí, y sólo allí, donde ella puede existir como clase).

Las naciones modernas se constituyen en Estados sobre la base del mercado, pero sus rasgos existen ya con anterioridad a la formación del mercado nacional —su lengua, sus costumbres, sus comidas, sus creencias— y permiten precisamente la delimitación de ese mercado sobre cuyo monopolio funda su existencia cada burguesía en su proceso de constitución en Estado nacional y en clase nacional. De aquí brota una identidad aparente entre nación y mercado, entre burguesía y nación y entre nación y Estado. Pero si rastreamos la persistencia de los rasgos que luego se condensan y se solidifican en una nacionalidad, podemos ver que, si bien mercado y Estado son elementos determinantes en ese proceso, particularmente al unificar las antiguas regiones, no engendran ni son la condición de existencia de la mayoría de los rasgos nacionales ni éstos se identifican exclusivamente con el Estado y el mercado. La clase obrera hereda y asimila esos rasgos y los recrea de modo propio, por un lado con características que comparte con el resto de las clases nacionales, por el otro con formas específicas en que se diferencia de éstas y se asemeja a los obreros de cualquier otro país.

Sin embargo, así como el campesinado es preexistente a la formación del mercado y del Estado y ese origen precapitalista marca fuertemente su comportamiento social, el proletariado tiene características sociales —el trabajo en cooperación— que pueden existir más allá del mercado y del capitalismo, aun habiendo nacido como clase en la época de la formación de las naciones modernas. Es esta cualidad de su ser social, y no simplemente su peso económico en la sociedad, lo que le permite llegado el caso disputar la dirección de la nación a la burguesía. Disputar la dirección de la nación quiere decir, frente a la moderna internacionalización del capital y de los intereses de la gran burguesía, atraer a todas las otras clases a las cuales la burguesía dominante oprime y sujeta en nombre de la nación, proponiéndoles en su política un programa de reorganización de la sociedad nacional; o, en otras palabras, de rescate de la nación de manos de la dominación burguesa que hoy sólo existe aliada al imperialismo y al capital extranjeros.

La peculiaridad de la clase obrera es que puede superar el discurso nacional con su proyecto social, pero no puede implementar este proyecto sin pasar por aquel discurso nacional, tanto porque ella lo ha heredado y lo comparte cuanto porque es dentro de sus límites que se comunica con sus otros aliados sociales y puede unirlos contra el capital. Pero en este punto el discurso nacional de la clase obrera tiene un contenido completamente diferente del de la burguesía, aunque puedan estar teñidos con colores semejantes. Son discursos antagónicos, porque el interés, la identidad y la unidad de la nación se identifican en cada caso con intereses sociales antagónicos y con concepciones antagónicas. Entonces un proyecto como el de la guerra de las Malvinas, producto de la ideología burguesa de la "Argentina potencia", no tiene nada que ver con el discurso nacional de la clase obrera; y un proyecto como la democracia y el control generalizado de la sociedad sobre todos los órganos de su Estado, que se genera permanentemente en Argentina en cada movilización proletaria importante, tampoco tiene nada que ver con el proyecto y el discurso nacional de la burguesía. Son dos naciones antagónicas y excluyentes, tan antagónicas que una de ellas, para imponerse transitoriamente, tuvo que llevar una guerra económica y militar de exterminio contra la otra, con la complicidad de todas las direcciones políticas de la burguesía y con las armas que le entregaba, entre otros, el Imperio Británico.

Comprender cómo la clase obrera argentina articula su discurso nacional, incluidos sus prejuicios y sus límites, es decisivo para avanzar hacia formas en que ese discurso no la siga haciendo presa de la nación burguesa. Para ello, la clase obrera necesita conquistar su máxima independencia, dentro de la sociedad nacional, frente a la burguesía. Esto significa concretamente un máximo grado de organización como clase —en la fábrica, en el sindicato, en su partido— que le permite no tener que subordinarse a seguir a una de las fracciones del capital para protegerse en el mercado nacional donde vende su fuerza de trabajo, y le concede entonces una gran autonomía de pensamiento para conquistar y formular su propio programa. Ésta es la condición para que pueda tomar la nación y su discurso histórico en sus manos y en su programa, oponerle ají capital y a su Estado nacional, y plantear su propia concepción de la cuestión nacional frente al imperialismo, socio y aliado de ese capital, separando a las otras clases subordinadas y oprimidas del proyecto y de la ideología patrióticos de la burguesía. En la organización de su clase obrera está el futuro de esa nación.

En el caso concreto de Argentina, el imperialismo y su dominación sobre el país residen en su asociación con el Estado y el capital argentino, no en la presencia inglesa sobre los peñascos solitarios de las Malvinas. La dominación imperialista estaba y sigue estando en la política y en el discurso ideológico y patriótico del capital financiero y del nuevo bloque de poder que, por intermedio de la

dictadura militar, dirigen el Estado argentino y oprimen a la nación.

El control de ese Estado sobre la sociedad, así como las relaciones entre las diferentes fracciones del capital, habían entrado en crisis. La tarea más urgente para el interés global del capital imperialista y del capital nacional, era la recomposición de esas fracturas, la reconstitución de ese Estado en crisis y de su consenso social. Ése era el fin de la guerra de las Malvinas, cuyo carácter improvisado y aventurero tiene que ver también con la agudeza de esa crisis. Era una típica guerra del capital, porque buscaba llenar una de las necesidades más urgentes de su dominación. Lejos de ser una guerra nacional era, al contrario, una aventura antinacional, que buscaba recomponer la fractura del Estado por encima de los intereses de la nación y contra éstos, como lo mostró la catastrófica derrota.

El capital mundial tenía interés en esa recomposición del Estado argentino y en una nueva legitimación de su dirección y de su ejército que borrara las huellas sangrientas de la represión. Por eso, pese a su aspecto grotesco, es muy lógica la declaración de Galtieri cuando dice que hizo la guerra para después presentarse a elecciones y ganarlas. El apoyo que toda la burguesía le dio, a través de sus políticos, en los primeros momentos de la guerra, responde a esa lógica: era, por fin, una salida para todos. Lo único que no era idóneo era el medio escogido, tan estúpido como el sueño burgués de la "Argentina potencia" que lo engendró, porque iba a chocar de frente con otra ideología similar pero más sólida y poderosa: la de la Dama de Hierro, sus mitos churchillianos y su Imperio también necesitado de la victoria militar que los militares argentinos le ofrecieron en bandeja de plata.

Si el capital mundial pudiera unificar su política, Thatcher debería de haber negociado. Los militares argentinos mostraron repetidamente su disposición a replegarse, con tal de que se les permitiera salvar la cara. Estados Unidos fue el portavoz más lúcido de esa necesidad del capital, primero al advertir a Galtieri el peligro seguro que corría y tratar de disuadirlo, luego al ofrecerse como negociador y hacerlo efectivamente, tratando de buscar un arreglo mientras le fue posible y sólo alineándose con su aliado mayor, Gran Bretaña, cuando finalmente tuvo que optar por el mal menor. Esta lucidez imperialista de Estados Unidos se estrelló contra la tozudez, las incertidumbres y las ambigüedades de Galtieri y de la Junta, atrapados en su propio juego, y sobre todo contra la intransigencia de Margaret Thatcher, que a ningún precio quería dejar pasar esta ocasión de recomponer su propia crisis. El resultado, la profundización de la crisis del Estado argentino, de su ejército y de su dictadura, es a la larga más perjudicial para el capital en su conjunto, incluido el capital británico, que una negociación que, a cambio de ciertas concesiones, habría permitido una recomposición del Estado en Argentina y

una salida "a la brasileña" a la crisis desgarradora en que ahora se debate.<sup>58</sup> Pero está en la índole del capital el no ser lógico, el no poder unificar sus políticas y el tener a menudo que gobernar a través de personajes como Leopoldo F. Galtieri y su ejército y como Margaret Thatcher y su Parlamento.

Es natural que en esta coyuntura, y conforme a su política y su ideología históricas, el Partido Comunista se haya aliado al frente patriótico de toda la burguesía para apoyar a los militares en su aventura. Pero ¿cómo es posible que corrientes marxistas, algunas de ellas constituidas en la lucha contra aquella ideología de colaboración de clases, hayan podido apoyar una empresa militar tan evidentemente ligada a los intereses de clase y a los objetivos de Estado de la "Argentina potencia" de la burguesía? Además, algunas de esas tendencias se habían caracterizado hasta no hace mucho por negar, pese a la presencia de un proletariado mayoritaria-mente peronista, la existencia de una cuestión nacional y de una lucha antimperialista en Argentina y por plantear su programa en términos exclusivamente socialistas.

Si se consideran los giros sociales de las capas de la pequeña burguesía radicalizada en Argentina después de la segunda guerra mundial —el antiperonismo primero, el guerrillerismo después, el patriotismo de las Malvinas finalmente— se verá que las evoluciones políticas de esas tendencias tienen un notable paralelismo con las de ese sector social, y un constante ángulo de divergencia con el pensamiento y el comportamiento social del proletariado y los trabajadores peronistas. La sensibilidad y el impresionismo ante las presiones variables de la pequeña burguesía y la incompreensión del proletariado, independientemente de las formulaciones y las citas marxistas que despliegan, es la característica de esas tendencias que, en los momentos de crisis aguda de la sociedad —el surgimiento del peronismo en 1945, la caída de Perón en 1955, el regreso del peronismo tardío al poder en 1973, la guerra de las Malvinas en 1982— las hace permeables al discurso político nacional-burgués en algunas de sus variantes, normalmente aquella que comparte la pequeña burguesía (sector social de enorme peso en la conformación de las ideologías argentinas).

En todas esas etapas, el problema de esas corrientes fue cómo arrancar a la clase obrera al peronismo: en 1955 eran antiperonistas creyendo que el proletariado apoyaba a Perón por atraso; en 1955 creyeron que con la caída de Perón el proletariado dejaría rápidamente de ser peronista y las seguiría a ellas; en 1973, se habían disfrazado de peronistas (y algunos hasta se hicieron peronistas) creyendo que era cuestión de conquistar a los obreros peronistas desde adentro y, con hábil maniobra, convertirse en su

---

<sup>58</sup> Por eso cuando en noviembre de 1982 la ONU aprueba una resolución recomendando reanudar negociaciones sobre las Malvinas, dicho texto, para disgusto de Thatcher, cuenta con el voto de Estados Unidos y obtiene 90 votos a favor, 55 abstenciones y solo 12 votos en contra. Es posible que en ese momento Margaret Thatcher haya decidido realizar su visita a las Malvinas en enero de 1983.

dirección; en 1982 se vieron arrastradas por la euforia patrioter de la pequeña burguesía pero le dieron el nombre dignificante de "antimperialismo" y fueron, una vez más, a tratar de convencer a los obreros peronistas de que había que unirse "críticamente" con la Junta para ganar la guerra.

En el caso de algunas corrientes del trotskismo, a esas presiones sociales se une una ideología que ha convertido en dogma no ya el pensamiento de Trotsky sino sus fórmulas y que más que de análisis de la realidad se nutre de citas de textos anteriores a la segunda guerra mundial. Esas corrientes han querido aplicar al país capitalista que es Argentina la categoría obsoleta de "semicolonial", cuyo significado en la época del capitalismo tardío tampoco se han preocupado por definir o actualizar. Quien se empeñe en hacer entrar a Argentina, Brasil o México de los años ochenta de este siglo, países con un capital financiero autóctono y relativamente autónomo que es la fracción burguesa dominante de un Estado nacional completamente integrado y constituido, en la categoría de "semicolonia" válida hace medio siglo, en los años veinte y treinta, quedará inevitablemente preso de su propio discurso ideológico y se condenará a no ver el enfrentamiento dominante en esos países: no nación e imperialismo, sino capital y trabajo; ni verá tampoco que, en esos países y en la época del capitalismo tardío, el enfrentamiento entre capital y trabajo no suprime al de la nación contra el imperialismo, sino que lo subsume y lo subordina a su lógica de clase.

La tendencia marxista que no comprenda estas relaciones, en estos países concretos y en estos años concretos, se condenará, a través de la repetición de citas convertidas en dogmas, a ser arrastrada por la ideología concreta de una de las fracciones del capital y a apoyar, en consecuencia, su política, aunque en su propio discurso izquierdista (y ultraizquierdista) la cubra con un barniz antimperialista y hasta socialista. Es el camino que, arrastradas por la vorágine pasajera de la euforia malvinera, siguieron esas tendencias en Argentina. Para su sorpresa el proletariado peronista, a quien creían imbuido de los mismos sentimientos, no siguió los llamados que ellas y los mismos dirigentes peronistas les lanzaron para movilizarse a favor de la guerra. Todavía están preguntándose por qué.

## 8. DESPUÉS DE LAS MALVINAS

La reducción numérica de la clase obrera industrial tradicional y su repliegue en los años anteriores, atrapada por el movimiento de pinzas del capital financiero y la dictadura militar y por el desconcierto en que la sumían la impreparación y la disgregación política de su dirección peronista, ha dado a algunos la idea de que, para la lucha por el socialismo, es preciso buscar otras combinaciones y otros

"sujetos sociales". Nos parece evidente, si tomamos como punto de partida la teoría marxista del valor y del plusvalor, que la reducción de la clase obrera es la apariencia y que la realidad es la contraria. Pasada esta transición, la reestructuración y modernización violentas del capitalismo argentino impuestas por la dictadura implican no un debilitamiento del proletariado, sino su recomposición y su ampliación con nuevas capas de asalariados asimilados a la condición obrera en cuanto a Su relación con el capital en el lugar de trabajo. El conflicto de clase entre proletariado y burguesía, desde siempre dominante en la sociedad argentina del siglo XX, tomará formas aún más agudas que facilitarán su desemboque en la política de clase y no sólo en la lucha sindical y reivindicativa.

Esta transición de su recomposición obligada no hace perder al proletariado, como una de las dos clases polares de la sociedad, sus tradiciones y sus experiencias anteriores, como no perdió sino que recicló o transformó las anteriores tradiciones sindicalistas, anarquistas y socialistas en la gran recomposición anterior, durante la segunda guerra mundial, de la cual surgió el peronismo. Pero lo ha colocado en una posición particularmente vulnerable frente a la ofensiva del capital implementada por la dictadura militar.<sup>59</sup>

En esa situación la clase obrera y los asalariados necesitan más que nadie y más que nunca el restablecimiento de los derechos democráticos como condición de su reorganización como clase. Entre esas demandas se incluye el restablecimiento de la juridicidad constitucional. Ni es una demanda de clase, ni es exclusiva de los asalariados. Pero la ofensiva salvaje del capital financiero y del Ejército, para imponerse, necesitó de la destrucción de esa juridicidad y le resulta intolerable su restablecimiento, que es en última instancia el restablecimiento de las condiciones en que la clase

---

59 Acerca de los efectos de esta reestructuración sobre la situación de la clase obrera, escribe Carlos Abalo, "Argentina: fundamento del reordenamiento...", cit., p. 7: "El gobierno militar no sólo reprimió al movimiento obrero y popular, sino que el eje principal de su acción estuvo orientado a quitarle su base material de sustentación. El gobierno militar no se propuso afianzarse eternamente en el poder, sino consolidar al régimen y dejar librada su sucesión a la correlación de fuerzas existentes en el momento en que se planteara la necesidad de dicha sucesión y tratando, por supuesto, de que la correlación de fuerzas favoreciera al régimen. Para ello contaba con la represión directa y con los cambios introducidos en la base material de desarrollo de la sociedad. Los militares cumplieron con bastante éxito dicho cometido. La sociedad argentina ya no es la misma que en 1976 y los cambios en la base material, al debilitar considerablemente la estructura industrial, redujeron la gravitación social de la clase obrera y de los asalariados, desgastaron su capacidad de resistencia por medio de una reducción sustancial de sus ingresos, de su seguridad social, de la facultad de ejercer sus derechos sindicales y políticos y, finalmente, menguaron su homogeneidad interna con la introducción de salarios altamente diferenciados, que era una característica prácticamente inexistente en la Argentina anterior al golpe de Estado. La contrapartida de esta estrategia es una distribución mucho más desigual de los ingresos, un grado elevado de marginación social, un mayor peso de las clases medias, una tasa estructural de desocupación más alta, una apreciable 'terciarización' improductiva de la organización económica y, por consiguiente, un amplio margen de subocupación. Sin negar la relativa autonomía de los procesos políticos, es indiscutible que la situación antes descrita tiende a facilitar que la crisis de la forma militar del régimen se pueda resolver con el mantenimiento del régimen mediante una negociación todavía condicionada por la estructura militar. En esas condiciones, es posible sostener una política de recomposición de las bases materiales de sustentación de la clase obrera y de los asalariados en general".

obrero pueda, como cualquier otro vendedor, hacer valer su peso y su organización en la relación de fuerzas del mercado de trabajo.<sup>60</sup> Puede decirse que, al contrario, no hay restablecimiento estable de la más elemental legalidad burguesa en Argentina sin la acción de la clase que en su proyecto histórico se propone superar esa juridicidad: la clase obrera, que hoy necesita restablecer, antes que nada, los derechos democráticos sin hipotecas ni cortapisas ni "concertaciones" secretas que salvaguarden el poder militar detrás del trono. Ninguna fracción de la burguesía lleva tan lejos ese interés.

La vida democrática de un país no es un conjunto de disposiciones legales y de órganos institucionales más o menos deliberativos. Es la libre y multiforme actividad de la población en todos los terrenos de la vida social, su irrestricta posibilidad y capacidad de información, de control, de organización y de expresión, su estado de deliberación y de iniciativa permanente como costumbre social aprendida y establecida, y la existencia de organismos autónomos de las masas para poder discutir, llegar a conclusiones colectivas y decidir. Las más democráticas constituciones y leyes no pueden crear ese proceso y ese hábito sociales; pueden, cuando más, garantizarlos en sus textos. Pero esas garantías habrán sido siempre arrancadas por la lucha y la organización autónoma de las masas y vivirán en la realidad siempre que esas mismas luchas y organización las hagan vivir.

Si esto es así, el nuevo ciclo de movilizaciones obreras y populares que se ha iniciado en Argentina encierra la clave de la futura reorganización democrática del país. La dictadura está a la expectativa frente a ese proceso. Busca los medios para controlarlo, paralizarlo o canalizarlo y, en última instancia, sobrevivir ella misma como fuerza de control y de veto militar detrás de una fachada democrática cualquiera. Ésta es la concepción del "gobierno constitucional" que tienen los militares, que están divididos pero distan mucho de estar inermes o paralizados.

Las propuestas de los políticos burgueses tienen un objetivo fundamental en común con esas preocupaciones, aunque sugieran medios diferentes para alcanzarlo. Ese objetivo es asegurar la transición a una "democracia institucional" que mediatice y enjaula las iniciativas y la actividad de los trabajadores y la población en general, mientras mantiene intacta la institución militar como garantía contra nuevos desbordes de abajo. Alrededor de esos planes giran los pactos y las propuestas de pactos entre los partidos de la Multipartidaria y entre las numerosas corrientes en que está dividido cada uno de esos partidos. Estos tejemanejes, en los cuales están mezcladas invariablemente las cúpulas militares, constituyen la actividad principal de la Multipartidaria.

---

<sup>60</sup> Según Guillermo Walter Klein, uno de los colaboradores más cercanos de José Martínez de Hoz, el programa económico aplicado en Argentina desde marzo de 1976 "es incompatible con cualquier sistema democrático y sólo aplicable si lo respalda un gobierno de fació" (Clarín, 5 de octubre de 1980, citado por Emilio F. Mignone, doc. cit., p. 12, nota).

Tales juegos y rejugos carecerían de importancia si no fuera porque preparan una transición cuyo rasgo definitorio sea negar a las masas el acceso a la política., adormecer y suprimir su actividad, reducirlas a simple masa electoral, es decir, anular la condición esencial de la reorganización democrática de la vida social argentina. Los militares añaden una condición: la no revisión de lo actuado por la dictadura, el carpetazo a la represión, el olvido de los desaparecidos, la no rendición de cuentas en ningún plano salvo, en caso extremo, para algún funcionario inferior. Esa condición significa mantener la hipoteca militar sobre la vida entera del país, conservar detrás de la puerta la amenaza constante de una nueva intervención del ejército y conceder a los militares potestad permanente de decidir por sí y ante sí de la vida y la muerte de los argentinos, declarados así para siempre menores de edad bajo tutela de la casta armada.

Es interés y necesidad vital del movimiento obrero hacer saltar esa hipoteca.<sup>61</sup> Eso requiere que pueda sumar a las propias otras fuerzas sociales, para formar el más vasto frente por los derechos democráticos. Ese frente, de hecho, irrumpió en las calles y ciudades argentinas en las grandes movilizaciones de diciembre de 1982. Ellas tuvieron un denominador común: fuera los militares; derechos democráticos;<sup>61</sup> aparición de los detenidos-desaparecidos; desmantelamiento de los cuerpos represivos; rendición de cuentas de los responsables de la represión, el desastre económico y la derrota en las Malvinas. Y pese a la mayor lentitud y cautela con que está obligado a moverse el movimiento obrero, después de años de derrotas, repliegue, represión y reducción numérica de sus filas, fueron sus tradiciones y sus métodos, que han educado e impreso su sello en toda la vida política argentina, los que dieron el eje de esas jornadas: en la huelga general del 6 de diciembre todos los sectores, incluso algunos relativamente acomodados, aceptaron naturalmente el método de la clase obrera y pararon al unísono.

Sin embargo, el rasgo dominante de la situación sigue siendo todavía la agudeza de la crisis interburguesa y de las instituciones del Estado. Frente a esta crisis del poder militar, no se alza una alternativa política organizada de masas que lo enfrente y pueda proponer los medios y las vías para sustituirlo y desmontarlo. Para ello es preciso organizar una fuerza social al menos igual y contraria a la

---

<sup>61</sup>El 11 de julio de 1982 un conjunto de marxistas argentinos en el exilio agrupados en la revista Divergencia formulábamos así esta demanda en una declaración pública: "La verdadera línea divisoria entre quienes aceptan prolongar o cubrir el poder militar y quienes exigen el restablecimiento de las libertades y derechos democráticos pasa por tres exigencias elementales: liberación de todos los presos, aparición de todos los detenidos-desaparecidos, enjuiciamiento de todos los responsables. No habrá libertades democráticas efectivas y leales mientras estas condiciones no sean satisfechas. Quienes las apoyan, cualquiera sea su posición política, son hoy nuestros aliados". (Divergencia, n. 3, París, noviembre de 1982; Coyoacán, n. 15, México, enero-junio de 1983).



que los militares siguen detentando con su monopolio de la violencia. Y el proceso de recuperación de la iniciativa por la clase obrera, por las condiciones antes dichas y por la disgregación de su dirección política peronista, se vuelve paulatino y prolongado. Es esa crisis sin alternativa inmediata lo que da su carácter moroso y al mismo tiempo peligroso a la evolución de la situación en Argentina.

Sin embargo, el respiro que la dictadura y sus aliados políticos esperaban obtener de ese interregno prácticamente ha sido anulado por la irrupción de la pequeña burguesía, una parte de la cual toleró y hasta apoyó a la dictadura y que ahora se lanza irritada y enfurecida contra ésta por la desocupación que la golpea, la disminución de sus ingresos, la represión y el clima político y cultural asfixiante, la derrota vergonzosa en las Malvinas (guerra en la cual esa pequeña burguesía creyó) y la consiguiente pérdida de autoridad de un ejército fracasado ante la entera sociedad.

Esa irrupción tumultuosa de una pequeña burguesía joven, muchos de cuyos componentes no tienen memoria de vida política más o menos democrática anterior a 1976, superficialmente politizada, antiautoritaria y dominada por el sentimiento antimilitar exacerbado que es la tónica actual de la población argentina, desequilibra los planes de traspaso calmado y negociado del poder, sin rendición de cuentas, a un gobierno civil electo pero controlado desde atrás por la presencia permanente de los militares. Ese sector social es ahora el portavoz más clamoroso de la exigencia de rendición de cuentas, que constituye la línea divisoria entre los partidarios del continuismo velado del poder militar y quienes quieren afirmar sin hipotecas los derechos democráticos en Argentina. La movilización de la pequeña burguesía tiene importancia grande para desequilibrar al poder militar en crisis, dificultar sus iniciativas e impedir un nuevo endurecimiento de la dictadura. Pero ella no puede dar una salida propia a la crisis del país, aunque pueda llegar a determinar una mayoría electoral a favor del peronismo o del radicalismo.

El proletariado, por su parte, no tiene una expresión política propia que le permita arrastrar tras su perspectiva a la pequeña burguesía. Mayoritariamente su identidad política sigue siendo el peronismo y su organización la CGT, pero no sigue a ninguno de los jefecitos que se disputan la herencia de Perón. Esta crisis del peronismo es al mismo tiempo la búsqueda por los trabajadores de un centro político propio. Esa búsqueda, cuya salida futura podrá ser un partido 'de los trabajadores, pasa hoy por tareas y empeños más inmediatos: recuperar plenamente los sindicatos, imponer la unificación en una sola CGT, recuperar las conquistas sociales, los derechos democráticos, las comisiones internas y delegados de fábricas, el derecho de huelga sin limitaciones, el derecho de expresión política irrestricta, los salarios, la ocupación, las vacaciones, el trabajo y el descanso.

Si realmente ha de haber recuperación del país en el sentido más preciso de la palabra, ella debe comenzar por la recuperación del nivel de vida de sus trabajadores, pues qué otra cosa es en esencia la nación sino la masa de esos trabajadores en su acepción más general. Y no es posible, a menos «que el ejército vuelva a intentar instalarse en la guerra permanente contra los trabajadores en la cual ya fracasó, abrir un nuevo ciclo de acumulación de capital a costa de un nuevo descenso en los niveles de miseria que ya tocan a buena parte de esos trabajadores argentinos.

Si la política anticrisis tradicional de la burguesía —rebajar los salarios y disminuir los gastos sociales del Estado— vuelve a topar con límites sociales muy estrictos en la Argentina de hoy, ¿de dónde saldrán los fondos para la reactivación económica?

Basta mirar en derredor para ubicar un fondo preciso y nutrido: en lugar de cortar los gastos sociales del Estado, se pueden cortar los gastos militares. Ni un barco hundido, ni un avión derribado, ni un fusil abandonado a los ingleses en las Malvinas, ni un cartucho gastado tienen por qué ser reemplazados en las actuales circunstancias. Son insensatos los planes que todavía quieren hacer pagar a un país en crisis el costo de reposición de submarinos, aviones y radares que los militares demostraron que ni siquiera saben usar con eficiencia contra el enemigo exterior. Se debería dar de baja sin goce de sueldo a generales, almirantes y brigadieres responsables de la derrota y del desastre general del país. Es posible y necesario reducir drásticamente los efectivos del ejército y los soldados conscriptos bajo banderas. Otros países lo han hecho en épocas de crisis y de reorganización civil. Es indispensable suprimir los fondos incalculables destinados a financiar el espionaje interior y la represión.

Otros fondos cuantiosos no tardarían en ser ubicados si se revisaran todos los bienes y fortunas mal habidas en los seis años de dictadura y se estudiara el destino de la cuantiosa deuda externa acumulada al arbitrio de los militares.

Es cierto: todo esto es fácil de poner en el papel y difícil de alcanzar en la práctica. Para que lineamientos de un programa económico de emergencia, alternativo al del capital y los militares, como los que hemos apuntado, puedan adquirir fuerza material se requiere que encarnen en una movilización social capaz de contrapesar y anular en los enfrentamientos futuros e inevitables la presión y la fuerza indiscutibles de la amenaza militar.

Los inicios de esa movilización distan aún de configurar una expresión política obrera independiente con un programa para el país. Frente a esta tarea, primordial entre todas, decidirán su signo y su destino, en lo que viene, las corrientes políticas ligadas a los trabajadores (incluidas aquellas cuya expresión es sobre todo sindical) y cada uno de sus dirigentes. Quien eluda el pronunciamiento se

disolverá o se subordinará a otras fuerzas políticas o sociales. Según cuál camino y programa se propongan se estará optando por la reorganización del país en beneficio del trabajo, que es decir la nación, o en provecho del capital, que es decir la desnacionalización y la creciente desintegración de la sociedad argentina, el mismo camino que desembocó después de seis años en la aventura sin gloria y sin sentido de las Malvinas.

Estas opciones de clase determinarán nuevos reagrupamientos en los cuales las antiguas denominaciones partidarias podrán aparecer, más de una vez, a ambos lados de la línea divisoria y enarboladas por sectores contrapuestos. Es el precio de la formación de un nuevo movimiento social que rescate al país de la catástrofe. Lo mismo ocurrió en los años cuarenta, cuando la irrupción del movimiento obrero y del peronismo provocó similares divisiones en los viejos partidos.

No existe una organización de izquierda, entre las que se declaran marxistas y socialistas, que tenga hoy una influencia de importancia en los trabajadores argentinos. La mayoría de ellas, por lo demás, se comprometió en el apoyo a la aventura de las Malvinas y ahora deberán pagar inevitablemente el precio político de su extravío.

Pero al mismo tiempo la izquierda revolucionaria tiene una tarea indispensable que cumplir en la reorganización sindical y política de la clase obrera argentina y en la consecución de su alianza con la pequeña burguesía movilizada. Esa tarea puede resumirse, sintéticamente, en impulsar con su intervención y su programa socialista todo tipo de organismos de democracia de fábrica, de barrio, de ciudad, de escuela, que permitan el control desde abajo de las decisiones del poder más inmediato —el del patrón, el del municipio, el del dirigente político o sindical, el de quien sea— y vayan extendiendo el ejercicio de la deliberación y la decisión democráticas en un país que necesita recuperar el uso de su capacidad de organización autónoma.

Si este proceso se extiende, como prometen las grandes movilizaciones iniciadas entre 1982 y 1983, en él las demandas obreras y populares se irán encarnando en organismos unitarios (que recogerán, entre otras, las tradiciones de las coordinadoras intersindicales que organizaron la huelga general de 1975) y se hará sentir el peso propio de la clase obrera, potencialmente muy grande en la política de masas argentina. Será lo más propicio para que se abra paso una política obrera dirigida al programa socialista, condición necesaria para la reorganización política independiente del proletariado; para que éste pueda influir a la pequeña burguesía, comprender las aspiraciones y demandas de ésta y aliarse duraderamente con ella; y, en definitiva, para sacar al país de la crisis histórica en que lo han sumido la disgregación política del peronismo, los planes económicos del capital financiero y la dictadura

terrorista de las fuerzas armadas.

Frente al polo reaccionario y continuista del capital, los militares y sus aliados y encubridores políticos y empresariales, el reagrupamiento de un polo democrático del trabajo, sus organizaciones y sus aliados sociales puede abrir paso a la recuperación y la liberación de la vida nacional argentina en la economía, la política, la cultura y la práctica social entera.

Santa María Tepepan, México, enero-febrero de 1983.